Pedro Felipe Escalona.

La Venganza del Oro

(Novela de costumbres regionales)

> ***....¿ Cual debe ser la mente del novelista ? Expresar útil verdad en una fábula interesante.***
>
> VICTOR HUGO.

CARACAS
Tipografía Universal
1913

PRIMERA JORNADA

I

AQUELLA tarde, desde la alta galería de la fábrica, Félix Estrada contemplaba con mirada serena y escudriñadora, el pequeño pueblo escueto y destartalado que se extendía a sus piés ; conjunto informe de edificios de planta baja, achatados, grisientos los unos, amarillentos y derruidos los otros, como sufriendo la inclemente desidia de sus heterogéneos moradores, más destructora aún que la inclemencia del tiempo.

Había subido hasta allá con un compañero de excursión, un joven extranjero de no escasa cultura como todo francés bien educado, y dotado además de ese carácter alegre e investigador de los turistas inteligentes.

A cargo y vigilancia de este compañero de paseo estaba la mayor parte de aquellos deteriorados edificios contenedores de maquinarias para el laboreo de las minas; y de aquí, que hubiese adquirido un conocimiento casi minucioso de todo aquel variado conjunto de oficinas de instalación, de galerías, almacenes y depósitos; y con la facilidad de un erudito, enseñábale a su compañero visitante, el uso, destino y aplicación de todo aquel aparatoso engranaje de ruedas, poleas, volantes, manivelas y largos correajes que desde arriba descendían hasta el fondo, allá abajo en los oscuros subterráneos, o hasta el primer piso donde reposaban las enormes calderas, negras y carcomidas por el óxido; frías y mudas ahora, como esperando desde hacía largo tiempo el grato frotamiento de los aceiteros y maquinistas, y el regenerador fuego del carbón, devorado con hambre de monstruos en el rojo vientre de las parrillas y de los hornos.

Allí, desde la alta galería del edificio de los poderosos molinos trituradores, paseaba Félix Estrada su mirada penetrante y serena por sobre el multiforme paisaje que tenía enfrente, y trataba de reconstruir con su clara imaginación y con todo el esfuerzo del recuerdo, la historia de un pasado de vertiginosa actividad que había desaparecido hacía largos años en aquel

mismo sitio, bajo la terrible acción del desequilibrio económico de las vastas Empresas mineras y de la alarmante fuga de los grandes capitales, acaparados los más, en agiotistas especulaciones.

Allí, en aquel mismo recinto de híbridos moradores, en aquella misma aldea hoy macilenta y pobre, había rodado en no lejanas épocas el prepotente carro del Progreso, con su ruido industrial triunfante, con sus ansiedades y sus luchas, con sus alegrías estrepitosas del esfuerzo bien compensado; y detrás de él, la densa multitud de una villa de primer orden; aglomerados allí para luchar a brazo partido, en busca del codiciado terrón de oro; venidos allí como aves exóticas que desde los distintos puntos del orbe acudían al fabuloso festín ofrecido por aquel pedazo de tierra virgen, en sus doradas entrañas. Y había allí, formando la masa pobladora del bullicioso lugar, desde el chino hasta el mejicano, desde el francés hasta el austriaco, desde el americano del Norte hasta el argentino; y por sobre todo ese variado bloque etnológico, dominando siempre como por un atavismo avasallador, el elemento sajón calculador y frío, indiferente y egoísta, imponiéndose de contínuo por su superioridad numérica, por su exactitud en los tratos y negocios y por su inflexible tenacidad como elemento colonizador.

Allí, el bullicio de las gentes y el ruido ensordecedor de las máquinas en actividad ; el movimiento de la interminable onda humana, y el vaivén eterno, sin cesar, de los émbolos, de los volantes y de las bielas de esas mismas poderosas máquinas, simulando gigantescos brazos que se alzaran al cielo pidiendo un momento de reposo; y el ruido seco y continuado de los pesados y poderosos martillos que caían sin cesar sobre la piedra bruta, triturándola entre sus negros morteros como en descomunal masticación. Ni un momento de descanso ; de día y de noche ; ni un momento de tregua ; ni un momento de reposo.

Arriba, en las entrecortadas callejuelas, el contínuo traficar, el movimiento de los trasportes, las parejas de gigantes mulas en el rudo tirar de carros y earretas, el rodar de los wagones y de las pequeñas locomotoras conduciendo los graníticos bloques donde se escondía el oro, o llevando a arrojar en la ribera del próximo río la piedra ya inservible, triturada y molida, cuya riqueza quedaba de antemano entre las láminas de los amalgamadores.

Abajo, en el fondo de las galerías, a más de cien y hasta doscientos metros de la bocamina, abajo en la tiniebla, bajo la humedad inclemente y la impureza del aire enrarecido, el trabajo siempre pujante, forzado, sin un se-

gundo de descanso ; el obrero sucio y demacrado abriendo con su pico formidable la abrupta y dura roca ; y cuando venía el cansancio, y cuando los rostros palidecían y los músculos caían entumecidos por el gasto del esfuerzo, acudía incontinenti el reemplazo de las gastadas fuerzas por otras nuevas. Nuevos trabajadores que bajaban al fondo para luego ascender, cuando su tarea terminaba, y ser reemplazados sin pérdida de tiempo. De cuando en cuando, el pavoroso estampido de los cartuchos de dinamita, cuyo fulminante enclavado en la roca, rompíala en mil pedazos al estallar ; haciendo retemblar las galerías y expandiéndose por todo el ámbito oscuro como un trueno ensordecedor. No había allí día ni noche : la tiniebla fatal medio arrollada por la amarillenta lámpara de los mineros, que enclavada en su frente y pico en mano, simulaban en la penumbra una trágica y amenazante alegoría.

El demonio de la ansiedad batiendo sus inmensas alas por sobre aquella desesperada multitud. La sed del oro antes que la sed del agua. No había tiempo para beber esta última, y cuando esta misma sed era inminente, procurábase calmarla a veces con las bebidas fuertes y excitantes que arriba en las botillerías se ofrecían al expendio con lujuriosa abundancia, y eran tomadas a grandes sorbos como para que operasen en el

organismo una nueva tensión nerviosa generadora de nuevos alientos inagotables y hercúleos.

Y allí, junto al ruido de todo aquel vasto y complicado artefacto de la explotación minera, no faltaba tampoco el bullicio de la multitud alegre, divertida y en son de fiesta; pero de fiestas intemperantes, con todo el color de verdaderas bacanales y de tremendas orgías.

Dentro de barracas en zancos, sucias y escuetas, con armaduras repletas de babidas alcohólicas, y al favor de músicas plebeyas y de dicciones y coplas pornográficas, se entregaba al deleite una gran parte de la multitud obrera; la que ya, repletos los bolsillos de conchas de oro o de monedas equivalentes, deseaba cambiar éstas por placeres; y allí entonces esa mul titud híbrida y bullanguera, compuesta en su mayoría de negros antillanos, altaneros y locuaces, entregábanse al baile enloquecedor y desenfrenado, al danzar inarmónico agotador y simiesco.

Y en medio al extraño ritmo de esas danzas macabras y endemoniadas, hombres y mujeres de todos tipos y colores, apiñados, beodos y sudorosos, enlazábanse en movimientos lascivos y en sensuales descoyuntamientos, para luego, al final de la fiesta, caer, rodar y hundirse en el fondo de los pestilentes cuartuchos en un tremendo abrazo de embriaguéz y de sensualismo.

Y allí en aquellas nuevas saturnales instigadas por la abundancia del dinero, pagaban su tributo ante la diosa Vénus, desde la hembra adulta y fuerte, corifea del bacanalismo, hasta la muchachita tierna y núbil, iniciada en la prima noche y ya maestra a la mañana siguiente en el arte de todos los erotismos.

Una Babilonia moderna, con sus vicios y sus depravaciones, no podía tener entonces mejor representación; y junto a los placeres de esa vida desenfrenadamente libre, la constante y sugestiva fiebre del oro, la codicia cada vez más asaltante reinando en las conciencias del plebeyo y del caballero, del honorable y del pícaro.

Y al lado de esa vida anti–edificante, levantábase a la vez como una amenaza económica y como una sombra siniestra para las costumbres austeras, el terrible monstruo del lujo, de ese lujo chocante e inadaptable a los centros incultos, donde aún no han arribado siquiera las primeras arenas de la verdadera civilización.

Todo en aquel recinto de exóticos pobladores, era un solo torbellino de costumbres y de idiomas, un afán de movimiento y una obseción de agostar la vida semejante a la otra no menos terrible de agostar el oro de las entrañas de la tierra.

De ese pueblo, con sus manías estrafalarias, adormecidas hoy en las lejanías del tiempo, se podía decir lo que de él escribiera un escritor

regional: «Todo llevaba el sello de la más extraña originalidad en aquella población flotante.... La vida allí estaba reducida a cuatro cosas importantes: buscar oro, beber aguardiente, divertirse y pasar al cementerio; y todo esto se hacía como en una bacanal.» Y el autor de *Los Piratas de la Sabana*, expresábase de este modo como testigo ocular que fuera de aquella vida, que más tarde reprodujera en las páginas de su interesante leyenda.

Tal era El Callao, la población excéntrica y bulliciosa de entonces, hoy el poblezuelo destartalado y mugriento pero tranquilo y laborioso, que se extendía a los piés de Félix Estrada, cuando desde lo alto de la galería de las máquinas lo contemplaba con mirada serena y creía descubrir en el fondo de la tristura de aquel poblado, el deseo latente y dominador de volver a su vida de fiebre enloquecedora. Tal vez no tardaría el tiempo. El poderoso incentivo existía aún abajo; no se había extinguido del todo y esperaba nuevos acometedores. El filón dorado vivía aún entre la roca, y las arenas del río fronterizo continuaban brillando al sol como argentadas lentejuelas.

Después de haber reconstruido en su memoria nuestro visitante, todo aquel pasado de vertiginosa actividad que se había hundido en las brumas del tiempo, bajo la desconcertante acción

de una tremenda crísis económica, levantóse de la ventanilla, alzó la mirada, pasóla en torno a la aldea macilenta, y contemplóla larga y tristemente, con la amplia percepción de un intelectual artista impresionado por el alma de las cosas.

Caía la tarde; los últimos rayos del sol ya moribundo, bañaban horizontalmente las cumbres de las próximas montañas; y los picos de « El Chocó » y la cónica altura de la mina « Remington » parecían aproximarse como sombras fantasmales, bajo la poderosa refracción de la luz horizontal y rojiza del rey de los planetas que se hundía en lontananza.

El Yuruary, formando extensa curva al norte, deslizábase rumorando suavemente al besar de contínuo las musgosas piedras de su lecho y los salientes peñascos de la ribera; mientras sus claras aguas se iban a perder allá en la planta oscura de los brumosos montes del naciente.

Los excursionistas bajaron lentamente las escaleras a la luz indecisa del crepúsculo que ya tendía su inmensa ala gris, mientras que un airecillo frío y sutil, el aliento de las montañas, empezaba a soplar sigilosamente, enfriando los cuerpos y entumeciendo las almas.

Y por sobre los seres y las cosas, tendióse luego el sombrío manto de la noche que avanzaba cautelosa.

II

La tarde en que Félix, desde el último piso de la fábrica, contemplaba el paisaje muerto que se extendía debajo, el poblezuelo contrahecho y descolorido, hacía poco más o menos veinte años que había ocurrido uno de los más terribles accidentes que de tiempo en tiempo consternaban a la población minera.

Allá en un ángulo de una de las demarcaciones del terreno aurífero, llamadas « barrancos, » había ocurrido inesperadamente el incendio por explosión y el hundimiento de una de las galerías subterráneas ; sucediéndose en aquellos momentos una de las escenas más desesperantes y horribles : la muerte por asfixia de gran número de obreros que trabajaban abajo en el fondo

tenebroso, hendiendo a fuerza de pico y dinamita el dorado filón subterráneo.

Las víctimas habían sido numerosas, y en el lívido rostro de cada una de ellas, la desesperación había dejado grabadas horribles muecas de pavor.

Entre esas víctimas, súpose después que había sucumbido bajo el peso aplastante de las rocas, Luis Peraza, joven robusto, enérgico, casi un atleta, que desempeñaba el cargo de capataz o vigilante al frente de una cuadrilla de trabajadores.

Había venido allí desde muy léjos, bajo el aguijoneante impulso, como toda aquella población cosmopolita, de hacerse a una fortuna considerable.

Allá en su pueblo, casi al occidente de la República, en Nutrias, donde tuvo en otro tiempo como único negocio una pequeña venta de víveres, allá en su «barrio veneciano» como él lo llamaba, después de varias tentativas de matrimonio y aventuras de amor, enamoróse apasionadamente de la graciosa hija de un hacendado, casi una muchachita, y quién con su raudal de gracias y de virginales candideces le había podido herir el corazón.

Y, amante soñador entonces, ya no se iba como era antes su costumbre, por los barrios alegres y por los suburbios enmatorralados del

cenagoso pueblecillo, a buscar el placer entre jaranas populares y entre desaliñadas hembras bailadoras de sones extravagantes.

Nuevo romántico entonces, bajo la blanca luz de las lunas de Enero, se iba tarde la noche por las sinuosas y soñolientas calles, dispuesto a pulsar su sonora guitarra y a entonar serenatas melancólicas, allá sobre el puente viejo y derruido que atravesaba la verdosa laguna, a cuya opuesta márgen se alzaba como un nido de ave invernal, la casita blanca y silente de su bella enamorada. O bien, en los tiempos de *creciente*, cuando el demoledor brazo del río Apure se salía de madre, y sin piedad ni rumbo inundaba las calles, los patios y hasta las mismas casas bajas sin repisas, entonces Luis Peraza, como en góndola veneciana y bajo ensueños byronianos, se embarcaba en su pequeña canoa, angosta y curvilínea; empuñaba el liviano canalete, arrollaba con él las aguas y se dejaba rodar mansamente, suavemente, sobre la onda callada y turbia, sobre el agua amarillenta y engredada del rio asaltante ; y subiendo hasta allá junto a los estribos del puentecillo de sus lirismos, dejaba flotar al pairo su ondulante barquilla ; y arrancando en seguida con delicadeza de artista, armoniosas notas de su vibradora guitarra, entonaba, ya alegre como un pájaro, o ya nostálgico de amores como

hembra núbil, endechas sencillas y dolientes, hijas de la fantasía popular, o estrofas apasionadas de algún poeta erótico traídas a la memoria al favor de la blanca luna y de las aguas silenciosas.

Fué una noche de públicos regocijos, en que la población creyente celebraba el santo de la patrona, la venerada Virgen de Candelaria, cuando por vez primera Luis entablara amistosas relaciones con su seductora Lucinda, el botón más precioso de cútis roseo y ojos negros quemantes, que haber pudiera en toda aquella agrícola comarca ; y esa noche, al salir de la pequeña iglesia parroquial, bajo el desesperado tañer de las campanas, al reventar de los triquitraquis y los cohetes, a la cambiante luz de los bombeadores y de las pelotas de hilo enkeresonado que se arrojaban por el aire los muchachos, esa noche sintió Luis el primer espasmo amoroso con el grato apretón de manos que recibiera de su adorada conquista ; afectuosa y franca demostración que para él valía todo un poema de promesas y de venturas de amor.

Y fué meses más tarde, que también bajo las místicas liturgias de otra ceremonia religiosa, experimentó Luis la más grata y extraña tensión de sus íntimos afectos ; acabando por jurarle a su amada un amor puro y eterno y

contrayendo con ella el compromiso de hacerla su futura esposa.

En los pueblos, como en todas las pequeñas agrupaciones sociales, alejadas de la vida culta y civilizada de los grandes centros o de la semi-culta de nuestras medianas capitales, no existe ni se encuentra otro sitio que sirva de centro de reunión y de concurso público donde también acuden las mujeres deseosas de ver y de ser vistas, que la pequeña y nueva capilla o el antiguo y desvencijado templo del lugar que edificaran nuestros colonizadores.

Como no hay teatros, ni hay jardines, ni paseos públicos, es allí en el edificio antiguo y ruinoso con su torre tosca y cuadrada, del tiempo colonial, o en la casa de bajareque, blanca y sencilla destinada al culto por la iniciativa oficial y por la consagración de los creyentes, que se reune con frecuencia lo más selecto de la aldea, los domingos y fiestas más notables; y en los días de santo patrono, la comarca casi en conjunto, festiva, revuelta, con su típica variedad de trajes y colores, pintarrajeados y anti-estéticos.

Y allí, bajo las sencillas y rutinarias ceremonias del místico sacerdote, entre la humareda del enervante incienso y los débiles sonidos arrancados al organillo del coro, tienen efecto, desde la bendición del Dios de las alturas pro-

digada a la devota grey por las eucarísticas manos del sacerdote, hasta el negocio o convención sobre las mejores cabezas de ganado, o la venta probable de las últimas cosechas ; y desde la conquista amorosa realizada con furtivas miradas, mientras se entona un cántico sagrado, hasta el comentario sospechoso y maligno de las beatíficas viejas del barrio, acerca de là palidéz neurótica de la doncella enfermisa, síntoma según ellas, de alguna oculta aventura de amor; acabando por llegar todos esos cuchicheos hasta el comento no menos sentencioso de los vejetes decanos de la política lugareña, que preveen la próxima caída del tiránico gobierno y el triunfo de la siempre halagadora revolución.

Con rarísimas excepciones tampoco se visita por razón de sociabilidad, ni se proporciona casi nunca la ocasión donde vibrar pueda la espansión del espíritu, o donde se sienta palpitar libremente el aleteo amoroso de las almas jóvenes.

El amante, por lo regular, casi nunca tiene ocasión de comunicarse abiertamente con su enamorada, quién siempre esquiva, se figura ver a todo trance en los hombres algo así como faunos amenazantes; y si el pretendiente toma al fin la resuelta despreocupación de pisar las puertas del vetusto hogar, que a manera de

claustro permanece eternamente cerrado, el acto de la visita toma luego todo el ceremonioso carácter de un consejo de familia. Un gran círculo: el padre,—o en su defecto la madre—como diría el Código Civil; cuatro o cinco hermanas, desde las ya medio jamonas, hasta los chiquitines malcriados y consentidos que a la mejor del tiempo dejan por embusteros a sus papás; y por último siguen luego las tías de rostros conventuales, empalidecidas como cirios; y a veces hasta la presencia de la abuela con toda la majestad de una ruina antigua.

Dada toda esta etiqueta azarosa, el enamorado visitante al fin se cansa, se retira y se vá a sufrir solo la nostalgia de un amor solitario, seco, aislado, desnudo de toda grata reverberación de ese fuego que se lleva dentro del pecho y que a fuerza de arder llega a convertirse en la abrazadora llama de la pasión.

Dura y larga fué la lucha interna del pretendiente contra todos esos resabios lugareños, y contra todos esos amaneramientos incultos, hasta que al fin venció por el ingenio.

Ofuscado en su orgullo, dejó de visitar la casa de Lucinda, a la cual iba tan solo en algunas solemnes ocasiones; la muchacha se enfermó y sufrió mucho tiempo, no sabía de que mal; y mientras Luis ideáse en la posibilidad

de un rapto convenido, o más bien de una fuga, recibía al mismo tiempo consejos de cierto Licenciado o Procurador que le explicó lo que era un « depósito de persona, » y cómo se podía realizar un enlace matrimonial a pesar de todas las intransigencias de un padre egoísta y de una madre majadera y aspavientosa.

Y procedió luego. Llevóse en noche gris y lluviosa a otra morada, a la adorable reina de sus cuitas, y con la ayuda de varios amigos expertos, entre ellos el Procurador y el Jefe Departamental, celebró a la mañana siguiente su soñado matrimonio. Ninguna etiqueta, pocas fórmulas sociales, pero sí muchas y rebosantes copas de cerveza se brindaron a la salud de aquel imprevisto enlace, que en el mismo acto fué consagrado a exigencias de la asustadiza novia por la patriarcal bendición del cura párroco, siempre listo como todos los de su culto para la propagación del séptimo sacramento.

Hasta allí el fin de la pasión ; ahora vendría el raciocinio y la vida marital.

III

Los primeros meses transcurrieron felices para la enamorada pareja, y Luis y Lucinda, a semejanza de dos amantes tórtolas en su nido de amores, repetíanse frases de ternura y se juraban eterno amor.

¡ Amor eterno ! Sabían ellos acaso lo sarcástico de esa frase ?

Sabían acaso que el amor es una fantasía, un ensueño, a veces un tremendo delirio o pesadilla que nos hace sufrir amargamente ?

Pasión que nace hoy al calor de un encanto halagador para morir mañana bajo las tiranías del desengaño o del hastío.

Sabían ellos acaso de esas distintas faces del corazón, órgano altamente sensible que vive y muere de impresiones nuevas y extrañas ?

Por su buena suerte no lo sabían entonces, y al favor de aquel amoroso idilio pasaban una luna de miel alegres y dichosos, viendo por las tardes desde la ventana que daba al próximo río, las turbias aguas risadas que venían arrollando, desde muy lejos, ya un tronco negro y rugoso de algún árbol secular caído en la riba, ya un pequeño manchón verde de boros y gamelotes, en cuyo centro hacía viaje inconsciente alguna garza de plumaje pálido o alguna otra pequeña y viváz ave pescadora.

Un cerebro pensador o un alma enferma habrían visto allí en esa marcha perenne de las aguas, un símbolo de la vida : la larga y rápida corriente de nuestros años, arrollando también troncos viejos : los pesares y desengaños ; y borales verdes y flotantes como grandes algas : nuestras ilusiones y esperanzas sobre las cuales van viajando nuestros ideales; como aquellas garzas de plumaje pálido que hacen viaje inconsciente, río abajo en medio a un verdoso manchón de boras o gamelotes.

Pasaron y se fueron aquellos primeros días de reposo y de embeleso, quizá para no volver jamás. Luis trató de enderezar la torcida marcha de sus negocios, un tanto abandonados hasta entonces, pero lo hizo ya tarde y cundió luego en él el desaliento.

Y coincidió la crísis de sus negocios con la llegada entonces, hasta aquellas alejadas comarcas, de las noticias sensacionales que de las minas del Yuruary corrían en boca de los viajeros y traficantes.

Comentábase de cómo debajo de una piedra o de un risco apenas saliente sobre el nivel del suelo, o debajo de una simple macolla de paja, hallábanse valiosos trozos de oro macizo, o cuarzos incrustrados de vetas preciosísimas de un metal puro y luciente.

Hablábase de cómo un río, el Yuruary, podía arrollar, junto con sus finas arenas, conchas e innumerables detrictus de áureo metal; y de cómo por las callejuelas de los recientes poblados, después de una fuerte lluvia que hiciera acorrientar las aguas, aparecían pepitas y granos del ambicionado metal, a flor de tierra, que los muchachos y otros desocupados, recogían hasta llenar sus escuálidas faltriqueras.

Luis pensó entonces en ese nuevo modo de ganar dinero, en hacerse a una rápida fortuna; y a la manera que otros tantos lo habían hecho, pensó en emigrar de su hogar y de su pueblo.

Nueva tierra de Canaán las minas de Guayana, atrajeron en aquella época con poderoso insentivo a los pueblos del Sur de Occidente en su mayor parte; gentes del Alto y Bajo

Apure, colonias enteras del Guárico y de los Estados del Oriente de la República; y empezó entonces para todas esas laboriosas comarcas el gran éxodo de sus ilusionados moradores.

Exodo largo y triste, quizá más largo y más triste que el del pueblo de Israel, porque casi nadie en virtud de causas ocultas del futuro, habría de volver a su pueblo ni a su antiguo hogar.

Una tarde, bajo una lluvia ténue y una luz solar muy pálida, embarcóse Peraza en uno de los vapores de la Compañía del Orinoco, después de mil abrazos y protestas de amante esposo hechas a su pobre mujercita que se quedaba sola y derramando lágrimas de sentido dolor por sus dulces ojos marchitos.

Zarpó el buque de la ribera nutrieña, rumbo a Ciudad-Bolívar, punto final de su itinerario, y con él íbanse abordo las ilusiones de la esposa solitaria, y quizá también las de otras tantas madres, esposas y hermanas de más de una treintena de viajeros que en pos de la fortuna se alejaban de su nativo suelo.

El buque, inmóvil al principio, empezó a moverse rumorando, quejándose a veces como un gran monstruo que bosteza, y vomitando por sus anchas fauces,—la gruesa chimenea,—densa espiral de humo.

Alejóse suave y elegante de la brillante playa, arrojó grandes chorros de agua vaporosa por sus rojos costados, movió sus grandes aspas natatorias,—las enormes chapaletas,—lanzó por el silbato un grito prolongado y agónico como un lamento ; y se fué, se fué quejumbroso, deslizándose por sobre la mansa corriente ; mientras los pañuelos de los innumerables grupos que se quedaban en la costa, daban su adiós postrero a los peregrinos del oro.

IV

Una vez desaparecida la costa y con ella el último caserío del alongado pueblo ribereño, regóse la caravana emigrante por las diversas antesalas y pasillos del palacio flotante que tan agradable y suavemente los trasportaba. Unos se iban a proa, a mirar los primeros, el paisaje cada vez más nuevo y cada vez más variado que le saliese al encuentro. Otros menos impresionables, se iban a popa, desde donde tendidos en algún sofá o sentados en los bancos laterales miraban somnolientos e indiferentes las playas y los montes de la ribera, que se alejaban rápidamente como si corriesen hacia atrás. Y en fin, algunos ya cansados, para quienes valía más aprovechar el tiempo durmiendo, se metían a sus respectivos camarotes a echar un largo sueño, arrullados

por el ruido de las aguas al ser batidas por las grandes aspas del buque.

Solo Peraza venía pensativo, casi inmóvil y de pié, recostado a una baranda de estribor, sitio desde donde él mismo había batido al aire su blanco pañuelo para decir el último adiós.

Por su mente pasaban muchos pensamientos: hácia dónde lo arrojaría la fortuna; cuánto tiempo tardaría en su regreso; qué haría su pobre mujer sola cuando le faltasen recursos. Y él, ¿tendría probabilidades de enriquecer o caer bajo la combustión de una fiebre malárica, tan abundante entonces en aquellos lugares de reciente exploración? O bien, quedar sepultado en una oscura galería subterránea, bajo el peso de una enorme roca?

Y junto con aquel sinnúmero de pensamientos, de ideas casi sombrías que se iban virtiendo gota a gota de su enardecido cerebro, miraba al mismo tiempo los copos de blanca espuma y la ondeada estela que el buque dejaba atrás en su acelerada marcha. Y entonces pensaba en que aquellos aparentes y flotantes viajeros, si pudiesen llevar hasta su casa cuanto él iba pensando, ¿a qué escribirle a su doliente esposa cuando llegase al término de su viaje?

Al fin el vientecillo sutil de la noche ya entrada, marchitóle sus párpados fatigados y retiróse al salón.

Allí, los unos se dieron a jugar naipes y a beber grandes sorbos de licores pseudo-genuinos; otros a leer cualquier periodiquillo insulso, paladín del gobierno regional, o alguna novelilla de recreo; y los más a fumar tranquilos e indiferentes, pero enviando quizá en cada espiral de su cigarro todo un poema de ensueños o toda una historia de recuerdos tristes.

V

A bordo de nuestros buques de ríos, la noche, a excepción de aquellas en que brilla una luna clara, tiene poco de agradable. Antes bien es de temores para los pasajeros poco acostumbrados al viajar, y que piensan, ya en la varadura del buque sobre cualquier playa encubierta; ya en el choque del vehículo contra algún barranco costeño, al virar en una de tantas angostas vueltas; o ya despiertan de improviso asustados con el eco del silbato que a los ribereños avisa su repentina llegada a los demarcados «cortes de leña.»

Así que Luis no pasase en realidad una noche de descanso, antes bien, de fatigas, entre las incomodidades de aquel su primer viaje y el denso afluir de sus pensamientos.

Anhelaba más bien la llegada del día, para poner en marcha como la víspera, sobre la clara estela y sobre las frágiles espumas el acopio de sus ideales.

Vino la aurora, ascendió el gran astro luminoso, y bañó con sus aúreas claridades la naturaleza exuberante de aquellas vírgenes comarcas cruzadas por el famoso invento de Foulton; y empezaron de nuevo los múltiples paisajes, de cuya alma palpitante y atrayente, solo nuestro viajero y cierto escritor colombiano que viajaba arrojado de su madre patria por perjudicial al órden político allí imperante, solo éllos los que tenían alma para sentir, parecían darse cuenta de la vida de los paisajes.

El colombiano con su flux grueso oscuro, recién salido de los talleres de Antioquía, en su país, y su aludo sombrero blanco de jipijapa, se paseaba a lo largo de la baranda mirando hacia una costa y hacia otra, deteniéndose a veces y haciendo apuntaciones en su cartera como un viajero explorador.

Luis, al contrario, iba meditabundo, como embelesado, no se sabía si en la escala cada vez más nueva de los paisajes que el barco iba adelantándose a recibir, o si era que su cerebro iba poseído por alguna idea fija.

Pero acaso, para temperamentos impresionables como era el suyo, puede haber ideas fijas?

Hablábale a su espíritu la variada y tupida selva de la cercana costa con sus altos árboles seculares, alineados a veces como veteranos de un regimiento en formación.

Hablábale la playa larga y blanca, cubierta de avecillas pescadoras, que en copiosas bandadas, se desgajaban en alegre algarabía al ser sorprendidas por el monstruo flotante; o bien las pardas gaviotas de vestidura medio-enlutadas y de canto gemidor, que tendiendo sus ligeras y oblicuas alas, ya se alzaban hasta las nubes, ya descendían en raudo vuelo para ir a hundir su blanco pico sobre la plateada superficie de las aguas en curso.

Aquí un remanso de aguas turbias y amodorradas encubriendo en su fondo quizá la oscura guarida de algún dañino reptil.

Más allá un remolino de aguas traidoras que a manera de enorme paila hirviente, precipitaba en su hondo seno cuanto sus labios tocasen, desde el añoso tronco de algún árbol derribado por el viento, hasta la fruta, el tallo, la frágil concha, la flor marchita, que arrollados desde muy lejos por la corriente iban a morir allí, girando eternamente en aquel torbellino de las ondas.

Ya los bosquecillos de manglares amarillentos, ahogados por las aguas, de brazos retorcidos

y hojas marchitas que sumergían intermitentemente su follaje sobre la superficie líquida.

Ya algún enorme cocodrilo que asomaba a flor de agua y desde lejos, su larga trompa para hundirse luego poco a poco a medida que percibía de cerca el ruido de las aguas y el rugido del buque en marcha; dejando en su maliciosa zabullida sobre el rizo de las aguas, una especie de ancho abanico estampado por el batir de su cola.

Y así en fin, la mirada de Peraza iba cayendo de improviso sobre la inmensa variedad de mil detalles, cuyas imágenes rodaban en su cerebro con la rapidez de una cinta cinematográfica.

En ocasiones se alejaba de la barandilla, a su lugar favorito, y se iba caminando en paso lento hacia la marcha opuesta del buque; y desde allí, desde la popa, daba con el recuerdo el último adiós a los paisajes en fuga, a tiempo que su pensamiento llegaba en vuelo rápido hasta su pueblo, hasta la cenagosa comarca donde por vez primera había sembrado la roja flor de sus amores.

Mientras tanto, el vapor continuaba su viaje impasible, sereno, guiado magistralmente por entre las sinuosidades y serpenteos de la estrecha vía fluvial, bajo las robustas manos de un « práctico » envejecido en aquellas tareas marinas.

De cuando en cuando el buque resoplaba, lanzaba chorros de agua hirviente, rugía por distintas bocas, y vomitando ancha columna de humo gris, parecía como si quisiera sacudirse, acometer las ondas, la ribera, la playa; para luego volver a su anterior quietud, dejando escapar a intervalos, como el pesaroso quejido de una bestia agoviada por enorme y pesada carga.

VI

Al día siguiente por la tarde, el *Nutrias* llegaba a San Fernando, la población más airosa de los llanos del Sur.

Tendida sobre la margen derecha del río Apure, inmensamente larga, de no escasa densidad de población, de casas blancas bajas y agrupadas, y de calles planas y arenosas tendidas a cordel.

Un Magistrado un tanto progresista había querido embellecerla dotándola de jardines y plazas públicas; pero la absorción de las nuevas capitales después de la agrupación por Secciones había frustrado en parte sus propósitos administrativos; y aquella medida anti–autonómica del célebre Dictador venezolano, había retrasado en mucho la mayor parte de las antiguas provincias que antes servían de asiento capitolino a cada uno de los veinte Estados autónomos.

Logróse al fin en parte el pensamiento del nombrado Magistrado, dejando como recuerdo de su corta administración, un vasto y elegante edificio

destinado para las oficinas públicas, y al frente un hermoso parque que llevó el nombre del Dictador llamado el *Ilustre;* pero años más tarde, cuando al cabo, el pueblo venezolano cansado del eterno mandatario que se hizo dar aquel pomposo título, reaccionara contra su larga tiranía, estalló un movimiento local o más bien una especie de poblada que, ébria de venganzas y bajo el ardor de las intransigencias políticas, dirigióse a aquella misma plaza pública, derribó una alta columnata central en cuya base estaban inscritos los nombres de los mandatarios ingratos a las turbas de la época, e hicieron también rodar por tierra una columna de ladrillo llamada ática que un círculo personalista del magistrado regional, habíale hecho erigir a su memoria.

Aquel fué día de sensacional disturbio, como en las grandes huelgas europeas ; y por la noche la borrachera y el holgorio llegaron a su colmo.

Mas no hicieron gran cosa en favor del terruño los frenéticos demoledores. Uno de ellos, el más audáz e inteligente, arengó en aquellos actos de demolición a la heterogénea multitud y le habló de reformas, de progreso y de regeneraciones.

Tiempo después, como al abrigo de sus ductilidades, surgiera el tribuno comunista como un elemento nuevo de la política provincial, el go-

bierno del Presidente Andueza le confió fondos suficientes para el ornato público de la tierruca cuyo progreso el orador había proclamado ; pero el pueblo nada supo de esos fondos públicos ni de muchas otras promesas del brioso reformador.

Mas, la capital del Bajo–Apure continuó y ha continuado su marcha de adelanto debido a su riqueza propia, a la laboriosidad de sus diversas clases sociales y a su frecuente comunicación y cambios mercantiles con Caracas, centro cerebral de la Nación, que cede a las provincias no retrógradas parte de su inagotable riqueza artística y de su elegante cultura.

A manera que el vapor se iba acercando a la costa para tomar puerto, la numerosa tripulación, como es costumbre, íbase aglomerando al correspondiente costado del buque ; los unos para examinar de cerca el lugar desconocido o para prepararse a saltar a tierra, los otros para saludar con la ansiedad de la ausencia, a algún rostro conocido que apareciese entre esa otra multitud que acude ociosa a la ribera de nuestros puertos fluviales.

Pero ahora las miradas de aquella concurrencia no se paseaban indiferentes : tanto las de las gentes de abordo como la de los grupos que estaban en tierra, iban a caer de plano sobre la popa de una gran lancha de alto mástil

y de abiertas envergaduras, donde pasaba en aquellos momentos una de esas escenas originales y alarmantes. Allí, varios marineros, se ocupaban de hacer salir a flote con ayuda de cuerdas y ganchos, el cadáver de un hombre que al decir de testigos, se había ahogado misteriosamente.

Habíanle visto lavándose a la orilla arenosa y húmeda que las aguas continuamente besan. En un momento, inclinóse sobre esas aguas, resbalóse y rodó ; abrió los robustos brazos como en una invocación suprema de eficaz auxilio, y luego la ola lo envolvió con su falaz caricia para llevarlo al fondo negro y gredoso de la corriente, o quizá para ir a encontrar ancha tumba en la boca de un enorme saurio.

Nadie de los que le vieron se explicaba con precisión la causa del percance. Quizá algún *temblador*, esa terrible anguíla que cuanto toca lo electriza y lo derriba ; quizá algún mareo, algún síncope, o la ruptura de algún vaso interno lesionado desde hacía mucho tiempo ; el suicidio acaso, ¿ quien lo sabía ?

Es lo cierto que no faltando un buen deudo que reclamase la presencia del pobre ahogado, a los ruegos de aquel, los lancheros empezaron, siempre alegres y voluntarios, los trabajos de sondeo hasta que dieron con el cuerpo fofo

y pesado que yacía allá bajo entre el barro, bajo la turbia superficie líquida.

Flotó al fin el cadáver llevado hasta la borde de la lancha por dos largas cuerdas que terminaban en anzuelos; el uno enganchaba por el cuello, el otro por la parte baja del abdómen. El cuerpo había entrado ya bajo las deformaciones de la muerte, y ofrecíase a la vista como una masa casi informe; un cuerpo marcadamente clorótico, de vientre hinchado y enorme, de extremidades flácidas y músculos tumefactos. Horrible tronco informe terminando en un rostro lívido e imperfecto: los ojos, dos grandes cuencas sanguinolentas por donde solo se asomaba el vacío del desastre; la nariz, una especie de flor blanca y deshecha; la boca, una larga abertura carcomida y amarillenta. Todo, toda la faz del muerto había sido devorada por los «caribes,» esos hambrientos peces carnívoros que pululan en las aguas del Apure.

Y la ingrata imágen de aquellos tristes despojos era la que flotaba ahora por la imaginación de las gentes que presenciaban la rara y humanitaria maniobra de los estóicos marineros.

VII

Había sido allí mismo en aquel sitio, donde por una extraña coincidencia, Félix Estrada había presenciado desde la orilla del alto barranco que sirve de dique al crecido río, la escena mas patética del suicidio más estóico llevado a cabo por un hombre del pueblo.

Fué en la estación canicular, cuando los perros vagabundos formaban grandes alharacas en plena calle de poblado, y se caían a dentelladas por las perras en celo; cuando la algarabía nocturna de los canes ya se hacía insoportable, apercibiéndose de ellos las mismas autoridades policiales, a quienes a no dudarlo, servíanles de estorbo muchas veces para sus romerías nocturnas por los suburbios, vigilando según la ley, por la seguridad pública.

Entonces el Jefe Departamental expedía un Acuerdo para que se procediese con los agentas de su mando al envenenamiento de la desvergonzada especie perruna ; repartíase el veneno y cundía la intoxicación. Al día siguiente las calles y suburbios amanecían sembradas de los irrespetuosos animales que en vida habían chocado contra el pudor de las autoridades, y que ahora aparecían con el vientre aventado, con el rabo tieso y con los dientes mondados y amenazantes, como elevando la última y rabiosa protesta contra la pudibunda humanidad.

Por el caríz de ese Acuerdo continuarían siendo por mucho tiempo las primeras y elevadas medidas administrativas de todo Prefecto entrante : el canicidio por medio de la presa envenenada, que junto con la deportación de mujeres públicas tildadas de infecciosas, constituyen la primera hoja de higienización del programa comisaril en nuestros palúdicos villorrios y en nuestros envanecidos poblachones que alardean de capitales.

Para acabar con el anti-estético espectáculo de los canes en cópula, procedíase entonces a la recolección y trasporte de los ya ajusticiados para ser arrojados a las aguas ; operación de que se encargaba a los presos y a aquellos que reclutados como vagos por la policía, eran encontrados a la mano ya en la mas próxima

taberna, ya sobre cualquier deteriorado banco de descanso, bajo la sombra de un ramoso almendro o de un frondoso mamón.

A esta última categoría pertenecía Longinos o por lo menos se le hacía pertenecer, aunque su ocupación ordinaria de mandadero, no le hubiese elevado a esa otra categoría de cuello y corbata que mereciendo a veces el aprecio social, forma la clase no poco numerosa de los petardistas. Pero Longinos era un pobre diablo, un gana-pan sin hogar y sin familia, un desventurado que para matar quién sabe qué de penas, se bebía en aguardiente el sobrante de lo poco que se ganaba para su miserable sustento. Y como llevase esa vida bohemia sin plan y sin rumbo, era de los utilizables frecuentemente por la policía, para botar perros muertos y demás inmundicias públicas.

Pero llegó para él un día de cansancio, de obstinación ; bebió ron colorado obstinadamente, ese licor barato y hediondo que envenena inconsciente y paulatinamente a nuestras clases jornaleras, y Longinos resistióse entonces al mandato policial. Fué empujado en seguida, planeado por un enérgico gendarme, y se le obligó a que hiciera lo de costumbre : abrirse de la costa hasta el medio del río en una canoa repleta de los canes envenenados, para que allí los arrojáse al agua, a la avasalladora corriente.

Y cuando ya la tosca barca, a manera de férretro flotante, se iba lentamente con la corriente y se abría a mitad de las aguas, irguióse Longinos sobre la empinada proa, y en actitud vengativa maldijo de su suerte, de la injusticia pública, del Gobierno que se utilizaba de él como de una bestia y después lo abandonaba en el fango; y de tantos otros que por el hecho de cubrir con buena ropa sus tantas fechorías, nunca desmerecían el llamado aprecio social; y lanzando una tremenda imprecación bajo un gesto de ira y de miedo, arrojóse de cabeza a la profundidad del turbio río.

Una ola generosa sepultó el último esfuerzo instintivo de sus brazos abiertos, que parecían buscar por un momento el postrer asidero de la vida; desapareciendo en seguidas bajo la onda amarillenta para no aboyar jamás.

VIII

Félix Estrada quedóse contemplando la barca fúnebre, aquella hecatombe flotante de animales rígidos que abandonada sin piloto ahora, seguía la marcha lenta de las aguas; y bajo la impresión de la última escena, y rememorando las últimas palabras del ahogado, entró a filosofar sobre el suicidio, ese cruento remedio final de los desesperados, recordando entonces la rara filosofía de un notable personaje suicida que presentaba Max Nordau en su reciente y sujestiva obra *El mal del Siglo.*

Recordaba cómo aquel escéptico personaje del Rhin, de ignorada vida y de costumbres cosmopolitas, había estado largos años pensando, laborando y planteando una extraña y lógica teoría acerca del exagerado apego a la vida.

Si esta era una eterna lucha, si el hombre tenía que consumir sus fuerzas físicas y sus potencias psíquicas, cada día con mas afán para sostenerse a duras penas flotando sobre el inmenso oleaje humano; ¿a qué ese exagerado amor al vivir, ese pensar medroso en el *no ser*, ese pánico a la nó existencia?

Y cuando esa lucha se hacía insostenible, cuando faltaban las fuerzas, y el hombre, héroe o martir de su mala suerte, rodaba entre la oscura multitud o al fin iba a hundirse en el negro abismo de la miseria; ¿por qué entonces empeñarse en mantener, en sustentar a todo trance una vida de calamidades?

¿Qué clase de valor estúpido era ese?

Más racional era apartarse, eliminarse a tiempo, suprimirse para contrarrestar o burlar los embates de la suerte. El valor de esta acción es mucho más noble, había escrito el personaje ruso. Si el hombre puede y debe dirigir todas sus facultades, ¿por qué no poder disponer de su *yo*, apartarse, suprimiéndose de un mundo o de una sociedad que lo desecha o acribilla en su propio seno?

¿A qué prolongar la vida a costa de todos los sacrificios y de todas las humillaciones? No podía el hombre afrontar un momento de valor supremo para liberarse de tanto mal?

Y el personaje renano, dejando así sentada su *Filosofía de la liberación*, como él la llamára, justificaba el suicidio elevándolo a la irreligiosa categoría de un derecho que podía ejercer el ser humano.

Y para comenzar practicando su doctrina, una noche sorprendió a sus pocos amigos íntimos, unos cuantos intelectuales, invitándolos para una cena. Antes de terminar expresóles el objeto de aquella invitación—hacer conocer y dedicar su obra literaria, fruto de unos cuantos años de labor ;—y emitiendo en síntesis su alarmante teoría, repartió sendos volúmenes entre los comensales, que se retiraron ya tarde pensando acaso en aquella filosofía liberatoria del pensador ruso. Al siguiente día, eran sorprendidos de nuevo con una violenta noticia : el filósofo se había reventado el cráneo de un tremendo pistoletazo, y le habían encontrado todavía con el negro frac de horas ántes, el arma suicida en la mano, la blanca pechera tinta en sangre y el rostro lívido, doblegado bajo la fría caricia de la muerte.

Efectivamente, pensaba Estrada, sacando una consecuencia final : si aquel fué un hombre de cerebro, un pensador que agotó tantos años preparando el fin de su existencia y creyó tener derecho a hacerlo ; nada extraño había en que aquel pobre diablo de Longinos, oscuro hijo

del pueblo, sin idea alguna acerca del ser y del no ser, sin noción acerca de las altas virtudes morales ; nada de extraño había en que, obrando tan solo por fuerza de una reacción instintiva, de venganza contra la sociedad, contra los mas fuertes que él y contra su ingrata suerte, se suprimiese, se apartase por siempre para no continuar siendo la eterna befa de aquel pequeño oleaje humano que lo lanzaba de su seno; y en un momento de suprema obstinación quitarse de encima el abrumante peso de su vida, tirándose de cabeza al hondo río.

Bajo estas ideas negras pero lógicas, retiróse Estrada del histórico sitio donde había presenciado la liberación de aquel desgraciado enterrador de perros muertos ; y momentos después, entraba en su casa donde experimentaría emociones de un orden muy distinto. Nacían éstas de la lectura de una carta de un amigo suyo que rondaba por el Guárico, donde le anunciaba con las reservas del caso, el próximo estallar de la gran Revolución que venía preparándose desde hacía muchos meses en los diversos centros y confines de la Nación.

En la larga epístola, el copartidario informaba a Estrada la actitud del Congreso en aquel año. Que habiéndose mostrado este cuerpo, en su mayoría abiertamente independiente o reaccionario, había opuesto una enérgica barrera a

las pretensiones del círculo oficial, que aspiraba a su continuación por dos años más en el Poder. Esto era aceptar por los representantes de la soberanía del pueblo, un atentado contra la ley constitucional; y había que protestar siquiera esta vez contra la violación de la Carta Fundamental, ya que nunca se había hecho por otros motivos más graves, ni tampoco se repetiría jamás tan plausible demostración de buen civismo, pues en lo sucesivo se verían burlados frecuentemente desde las simples garantías individuales o derechos políticos del ciudadano, hasta los más solemnes principios del arte de gobernar.

El Congreso clamó por la legalidad en los procedimientos; esta invocación a la Ley sirvió de bandera a la Revolución que luego se llamó del *legalismo*; y los *leaders* de aquel augusto Cuerpo, fijáronse en un militar de nota o por lo menos ya conocido que acaudillase la Revolución.

Y surgió entonces armado en guerra el General Crespo en los llanos guariqueños, quedando abierta la campaña.

Algunos meses de dura brega pasó el de la carta en esa fatigosa campaña en la cual figurára como oficial afiliado a las tropas legalistas.

En «Jobo-mocho,» contaba después el oficial, las tropas revolucionarias sufrieron el primer descalabro o por mejor decir una derrota; pero

las fuerzas de línea del gobierno, mandadas por el Ministro Casañas, no aprovecharon la oportunidad ; le tenían miedo a la maleza y a la plaga, y andaban más bien en busca de poblados donde acuartelarse como si estuvieran en días de paz, y en donde pernoctar mejor los oficiales, en busca de aguardiente y de mujeres fáciles.

Desde Calabozo, el Ministro en campaña, director de la guerra, comunicaba a Caracas aquel completo triunfo sobre los rebeldes ; mientras que también por su parte el caudillo de « Caño–Amarillo » acordaba en plena sabana una *Medalla de honor* para su victoriosa oficialidad que en aquel día de desastre y en plena fuga, viéranse obligados a esconderse encaramándose en los robustos jobos y en los altos apamates del vecino bosque.

El Presidente Andueza, hombre ilustrado y de gran corazón pero inexperto político, se confiaba a sus amigos que resultaban ser casi todos ineptos ; y el apocamiento de unos y el alejamiento intempestivo de otros, preparó la acefalía del gobierno con la clandestina fuga de su jefe.

Y así fué al fin. Cuando el gobierno volvió a echar sus tropas sobre los insurgentes, ya éstos se rehacían en todas partes ; y en la « Cortada del Guayabo,» aunque los legalistas salían de nuevo muy mal parados, y muchos de sus

bravos oficiales iban a parar al Guárico o a las playas del Apure, las tropas del Gobierno, sin hacer antes una activa persecución, retirábanse a la Capital bajo los víctores del triunfo.

Así que, entre triunfos gritados por los unos y derrotas que los otros a su vez tomaban por triunfos, desmoronóse al fin el ya destartalado edificio de aquel orden constitucional, del cual se temió su continuación contra el querer de las mayorías. Cundió el descontento en el seno de ese gobierno, y aquel pobre magistrado dominador de multitudes con su verbo ponderoso, y abotagado luego por los vapores del brandy que acaso se ingiriese para calmar sus desalientos, marchóse precipitadamente de la Patria en la plena derrota moral y material que le había producido todo aquel cáos de decepciones que dejára detrás del Avila.

Para la época de estos sucesos bélicos, Estrada que se encontraba en el Bajo-Apure, se marchó luego a Guayana, donde lo encontraremos tiempo después en excursión por la región minera del Yuruary, palpando entónces la marcada decadencia en que habían caído aquellas comarcas.

IX

El vapor lanzó al aire su vibrante y último grito de partida, los pasajeros dispersos en tierra apresurábanse a entrar a bordo dando zancadas por sobre la bamboleante plancha de entrada ; y el contramaestre, con su cara ágria y rugosa y sus amenazantes gestos de mando, gritaba á la marinería para que con la presteza del caso desatasen las amarras y arriasen los cabos.

Arriba, en la casilla del timón, el piloto empuñaba la rueda con sus potentes manos callosas ; y con la ayuda del práctico, hombrazo de anchas espaldas y muñecas de tigre, resistían, ya hácia un lado o hácia el otro, el poderoso desarrollo de la cadena, para imprimir al buque los oportunos movimientos de babor y de estribor.

El capitán, alto, fuerte, de tez morena semi-curtido por la caldeada atmósfera de las aguas, envuelto en su ancho capote de lana oscura y con su blanca y larga barba suelta al viento, dirigía la maniobra parado casi al borde de la toldilla ; siempre impávido, sin miedo al abismo, sin temor a una probable caída que lo fuese a hundir bajo las aguas. Aquella maniobra siempre cuidadosa y difícil a que había que atender en todos los puertos de arribo para sacar al barco, ileso e intocado de los peñazcos de la costa o de los varaderos de la playa. Entónces el viejo marino, desde el borde de aquel último piso, aparecía en la extraña actitud de un solemne predicador, ya levantando la frente y enviando una mirada de general inspección ; ya, dando un paso adelante se inclinaba hacia abajo, ya se erguía de nuevo y con la diestra extendida indicaba al piloto el giro que debía darle a la rueda para producir los sesgos del timón ; desde lejos su muda silueta, semejaba la de un patriarca bíblico extendiendo sus brazos sobre las tribus en marcha.

Acto contínuo el piloto halaba un gancho, la campana sonaba allá abajo clara y vibrante para indicar al mecánico la marcha o contramarcha del navío, mientras este último empleado, erecto y sereno como una estátua, empuñando con su diestra el grueso mango de la palanca giratoria, con

la mirada fija en la campana para contar los golpes del martillo, detenía o impulsaba al poderoso émbolo que en armonioso mecanismo hacía deslizar la enorme barra negra en forma de sable, el ancho brazo férreo que daba impulso y movimiento rotatorio al gran rodaje de las altas chapaletas.

Arriba en la baranda y frente a las puertas exteriores de los camarotes veíase a los distintos pasajeros agrupados y como experimentando las últimas impresiones del lugar que se deja, que se abandona y se va desfigurando y deformando hasta dejar de verse en la primera vuelta de la ruta ; o bien que se convierte en silueta acabando por esfumarse en las lejanías del horizonte.

Los unos sonrientes, alargando el brazo o levantando el sombrero para despedir a algún amigo ; los más, circunspectos y meditabundos pensando, quizás en el fin del viaje, o en lo largo de la navegación, mientras que los mozos de servicio batían al aire sus gorras o sus blancas servilletas, diciendo adiós a las alegres muchachas de su trato, que se quedaban entristecidas en la orilla de la ribera y con quienes habían corrido en cualquier parte una rápida noche de amor.

Después de algunos minutos de navegación, cuando ya el buque con su negro penacho fla-

meando al aire sobre la alta chimenea y su constante quejido rumoroso, había abandonado la última vuelta de la bahía, los distintos pasajeros entregáronse como de costumbre a sus varios pasatiempos ; leyendo, comiendo frutas, bebiendo aperitivos en la cantina o paseándose a lo largo de la extensa sala, y aspirando el aromático humo de un habano o de un cigarrillo vendidos como legítimos por el locuaz cantinero.

Entre estos pasajeros, Luis Peraza optó por tirarse, siempre meditabundo, en una tosca silla de extensión que encontró libre, junto a uno de los pasillos de popa ; y desde donde, al mismo tiempo que veía pasar los árboles en marcha hácia atrás como en rápida fuga, enviaba sus recuerdos al terruño abandonado y a la amante y solitaria esposa ; y su pensamiento se deslizaba entonces, ya sobre la ola glauca que azotada por el viento parecía siempre remontar, subir en marcha hacia los lugares que se quedaban detrás, ya sobre las blancas espumas que flotando sobre la ancha estela del buque, parecían gaviotas en triunfal procesión.

A poco fué sacado de su natural abstracción por el escritor colombiano siempre verboso y comunicativo, quien le dirigió la palabra, haciendo alusión a lo pintoresco y exuberante de aquellos paisajes que le recordaban aquellos otros similares del Magdalena en Colombia, cuyas

aguas había cruzado hacía poco tiempo cuando la última Revolución. Y al llegar a éste punto encontró vasto tema para extenderse en reminiscencias políticas de su patria.

Habló de aquel conservatismo abrumador que por tan largos años había venido socavando las libertades públicas y cohersionando las conciencias en odioso maridaje con un cleriçlarismo absorvente. Recordó a Nuñez y a Caro, a Marroquín y a otros altos personajes de aquel fuerte partido, cuyos vastos talentos habían gastado tan malamente en la más impopular de las causas. Habló de los grandes ideales del Partido Liberel, quien con la bandera revolucionaria, que todo lo transforma y regenera, había de ir siempre en marcha hácia el futuro, a pesar de sus caídas y de sus frecuentes conmociones, impulsado siempre por el nervio de sus caudillos.

Hombre de poderosa imaginación nuestro escritor, bajo su sombrero blanco de anchas alas, ocultábase una frente despejada, albergue de una vasta memoria ; y con la misma facilidad hablaba de aquella su manía de política contemporánea, como de Bellas–Artes y de literatura, de historia y de poesía, terminando por recitar versos dolientes de Asunción Silva, su poeta favorito.

Era raro que, siempre que el colombiano tomáse la palabra, no se fuesen acercando oyen-

tes diversos hasta llegar a constituirse algo así como un auditorio de conferencias.

Entre estos, acercóse un mozo de mediana estatura, de tez blanco–pálida, de bozo muy azul y bigote tan escaso como si se lo hubiese hecho cortar al rápe. Como entre las abundantes reformas señaladas por el escritor en el programa de la Causa Liberal, mencionáse la muy debatida y trascendental de la separación de la Iglesia y del Estado, considerándola como un avance más de la moderna civilización, el joven oyente dialogó entonces con el literato y entró a participar de sus mismas opiniones, concluyendo por expresar en tono de broma que lo que era él no solo era un separado de la Iglesia sino que estaba también por separarse del Estado.

Más concretamente agregó: La separación del individuo de la entidad social y política a que pertenece y que tanto le doblega y lo somete a cargas y condiciones ; que tanto lo restringe hasta el punto de quedar diluído cuando no eliminado de la vasta colectividad. Soy partidario agregó, de las autonomías en todos sentidos.

Abríase de este modo un nuevo debate de cuestiones un tanto sérias, de ideas filosóficas que no estaban al alcance de la mayoría de los oyentes, y estos se fueron dispersando poco a poco, acabando por quedar solos Peraza, el

escritor y el joven de las nuevas teorías políticas.

Después de la disertación hecha por éste, fué entrando gradualmente en un silencio extraño llegando hasta el mutismo, y poniendo así punto de una manera inesperada a la animada conversación que él mismo había ayudado a sostener.

El colombiano acabó por separarse, conociendo acaso cansancio de parte de sus oyentes, siendo antes atentamente cumplimentado por Peraza, quién le manifestó el profundo agrado con que oía sus eruditas disertaciones.

Quedaron pues, así, solos y de frente, dos individuos que no tenían más qué expresar, pero en cuyas frentes y miradas parecían volar bandadas de heterogéneos pensamientos.

X

—De manera, interrumpió al fin Peraza, dirigiéndose a su compañero de silencio, que usted estaba o ha estado ligado a la Santa Iglesia?

—Como usted lo dice y como acabé de expresarlo, contestó el interlocutor.

—Comprendo que tendría sus muy graves motivos.

—Efectivamente, aunque mejor dicho, no sé si serían graves o de poca monta. Es lo cierto que apenas hace seis meses yo vestía hábito negro llevando el balandrán de todo un correcto sacerdote. Pero aquello fué terrible para mí; el mismo día de mi primera misa sufrí en el alma horrible tortura. Vacilé ante el sagrado peso del voto y casi estuve al punto de correr,

de declararme en fuga, abandonando el templo ante la misma presencia de los fieles. Hice al fin un esfuerzo sobrehumano, la vergüenza de iniciarme ante Dios con la más descarada apostasía, y acepté el sacrificio.

¡ Ah ! cómo me golpeaban entonces la memoria aquellas abnegadas palabras de Jesús en el Huerto : « Padre mío, si es que no debo pasar sin este cáliz, hágase tu voluntad y no la mía. »

—Sin embargo arguyó Peraza, Él bebió resignado la copa de la amargura y soportó su vía dolorosa hasta morir triunfante en el Calvario.

—Oh sí ! amigo mío, pero no todos somos Cristos y no todos soportamos el agoviante peso de una cruz.

—Es verdad ; contestó Peraza en el tono de una afable concesión para no desquiciar de un golpe a su interlocutor. Sé de muchas vidas que llevan encima su calvario y que solo bajo el dominio de las confidencias puede uno darse cuenta del motivo que las martiriza.

—Pues bien, amigo mío, agregó el interlocutor acercando su silla. No era esa mi vocación, no había nacido para el sacerdocio, o por lo menos no tenía la fé necesaria, esa fé ciega que prohibe analizar la verdad de las cosas y la razón de su existencia. Yo creí encontrar en

esa religión, en ese culto, algo que en verdad hiciese acercar al hombre a su Criador; y cuánto fué mi desengaño al ver que tenía que empezar por aceptar mentiras ridículas, farzas imperdonables creadas por espíritus de mala fé, para luego propagarlas y sostenerlas; y lo peor todavía, tener que revestirme de bastante hipocresía para recomendar se practicase lo que yo mismo era incapaz de practicar.

—¿ Puede acaso el hombre vivir sin el amor, idealizado únicamente con lo infinito? Puede el ser humano desprenderse de sus naturales afectos para poder servir mejor al culto de un Dios omnipotente?

—No lo creo necesario. Es eso casi una tiranía; y creo, agregó Peraza, que si alguna prescripción disparatada lleva en sí el Catolicismo, es esa de querer alejar al hombre de las leyes de la Naturaleza, tan imperiosas como infalibles.

—Y yo llegué a amar! Al fin, después de tantos años de adormecimiento de mis nervios, de decaimiento de mi alma dentro de las altas y silenciosas paredes del claustro, despertóse en mi ser la pasión humana, y no resistí más al atractivo poderoso de una mujer que me brindaba su hermosura. Me amó con todo el corazón y yo le quise con locura. Desde entonces no viví sino para el mundo y no pensé más

en el terrible suplicio que me imponía la carrera del sacerdocio.

—Imagínese usted, continuó, cual sería mi lucha al principio, antes de caer doblegado por el peso de esos naturales impulsos del ser humano.

De un lado, las reglas severas de la órden, tantas y tremendas privaciones para el cuerpo y para el espíritu ; de otro lado el despertar de una radiante aurora—el amor—que me deslumbraba con sus resplandores. Hubiera podido encubrir, engañarme a mí mismo, pretendiendo engañar a Dios, pero no quise caer en esta otra inconsecuencia, en semejante traición a mis sentimientos y.... abandoné los hábitos. Me convencí al fin de las palabras de cierto gran escritor ; cuyas obras, prohibidas muchas de ellas para el mundo católico, habían merecido la alta censura del Vaticano, cayendo bajo el anatema del *Index*. «Mutilar en el hombre una pasión, dice, es como si se le cortase un miembro ; no está ya completo, se ha hecho de él un enfermo, se le ha quitado algo de su sangre, de su potencia. Maravilla es que la humanidad haya podido vivir bajo esas religiones mortíferas que hace tanto tiempo se empeñan en matar el hombre en el hombre, queriendo llevarlo hacia un Dios de crueldad y de mentira, cuyo reino no se asentará sino sobre polvo humano.»

Peraza, que oía con admiración aquella sana confesión de su interlocutor, al permanecer éste en un pequeño silencio después de sus últimas frases, interrumpióle diciendo :

—Por supuesto, que se produjo gran escándalo?

—Consiguientemente ! Escándalo porque fuí sincero ; ya otros lo habían hecho y lo hacían peor que yo, pero eran suficientemente hipócritas para engañar a sus superiores y al público.

Yo los veía con estos ojos ; las aventuras principiaban por lo regular en el confesionario, y después por las noches, entre las sombras, yo los veía saltar los muros del seminario, o escaparse cautelosos como rondas nocturnos por extraviadas puertas y pasadizos. Sinembargo, a mí se me anatematizó en un púlpito, y se me llamó apóstata corrompido en un periódico local, fiel guardían y defensor, llamábase, de los fueros sociales......

Y llevándose las manos a la cabeza, cruzaron por su mente en un instante los amargos recuerdos de aquella anticuada población plantada en medio a la silente llanura, como olvidada en medio de la pampa solitaria, y donde un fanatismo arcaico, alimentado por una aristocracia decrépita, había echado hondas raíces que acabarían por llevarla al mayor hundimiento en tiempos no lejanos.

—De allí fuí echado, continuó el desertor católico, casi corrido y hasta se me buscó para vapularme; pero.... aquí me tiene usted ahora todo un varón de nuevo, dispuesto a servir a los hombres sin dejar de servir a Dios.

—Bravo! Muy bien, padre Lopez. Ha hablado usted como un apóstol, y yo lo felicito con la sinceridad más efusiva.

Y Peraza, parándose en seguida, tendióle el brazo derecho por sobre sus hombros, estrechándole con cariño.

—Es usted de los llanos u occidental?

—Casi, casi, respondió el ex-cura; mis padres son aún ramas de una antigua y renombrada familia Guanareña, pero fuí enviado desde muy joven al Guárico, centro de diócesis para que hiciera allí mis estudios.

—Venga entonces otro abrazo, somos paisanos, exclamó entusiasmado Peraza, y vayamos al botiquín para que brindemos por este grato encuentro.

—Y por mis luchas y aventuras! agregó López.

Del salón pasaron a la antesala de proa a respirar la grata brisa de la tarde que les bañaba el rostro, en la marcha siempre uniforme del buque. El paisaje era ahora bello pero triste.

El Sol se escondía ya en su ocaso y sus últimas coloraciones tomaban un tinte amarillento sobre los gamelotales marchitos.

De un lado y otro la vegetación alta y secular escaseaba, las costas eran bajas y húmedas. Extendíase inmensamente la llanura verde, la pampa infinita por donde de trecho en trecho cruzaban garzas grandes y blancas lanzando silbos doloridos.

Era la región cenagosa del Bajo-Apure que a esa hora y sobre la cubierta de un buque en marcha provocaba la nostalgia de los ausentes.

Al día siguiente el *Nútrias* debía entrar en aguas del Orinoco.

XI

Al medio día y bajo un sol abrazador, el vapor bajaba velozmente la boca del serpenteado Apure y caía en el Orinoco, la gran llanura magestuosa, de aguas turbias y dulces, el soberbio río, casi un mar, que bien merecía el honroso puesto que le habían señalado los geógrafos, considerándolo como el tercero de los grandes ríos suramericanos. El buque no llenaba ahora como en la última senda abandonada, el angosto cauce de la serpenteada corriente. Parecía un gusano, un pequeño y negro insecto perdido en aquella vasta extensión de aguas. A lo lejos, bastante lejos, la costa opuesta cuyos altos montes oscuros, divisábanse como un manchón verdoso; y más lejos aún, pequeños bultos flotantes, informes y sin luz, que luego iban tomando las marcadas proporciones

de grandes islas, pero que vistas en lontananza semejaban aves marinas nadando sobre la espuma amarillenta.

Y mientras los pasajeros se agrupaban confusamente en proa para percibir de lleno el nuevo paisaje, divertíanse al mismo tiempo, con la cacería hecha desde a bordo a los numerosos y arrogantes cocodrilos que, cual horda salvaje, encontrábanse diseminados en la cercana playa. El primer contador, mozo apuesto y activo, de frialdad un tanto sajona, era un gran tirador; y desde lo alto de la toldilla iba haciendo saltar uno a uno con su rifle Marling y con admirable precisión a los enormes saurios que tendidos sobre la brillante arena tomaban el claro sol, con sus largas trompas abiertas y sus lustrosas panzas aventadas, ahitos quizá de la última hartura tomada entre los pecesillos en cardume.

El disparo salía sin eco, la bala silbaba con agudeza, chasqueaba como un latigazo, y de pronto veíase al temido reptil que se retorcía con espanto, tarascaba rabioso, recogía sus gruesas patas uñosas y se lanzaba furibundo a la corriente, como buscando el alivio de las aguas; otros de la especie, entre tanto, los más pequeños o jóvenes, corrían presurosos y asustados con sus colas empinadas como una palma para irse a arrojar de cabeza a la onda turbia que encubría luégo sus verrugosos dorsos.

Era aquello un cuadro bastante original. Ninguno, con excepción de la propia gente de abordo, había presenciado tan descomunal hacinamiento de fieras, de ese cauteloso y traidor reptil de nuestras corrientes fluviales, que con la misma facilidad con que se traga un pecesillo puede engullirse a un hombre; y así que Luis, desde la baranda de popa contemplase absorto aquella infernal escena, en la cual veía algo así como una legión de dragones en marcha hacia el Averno.

A casi una docena había alcanzado el número de los caimanes muertos o heridos por el hábil tirador, que bajaba ahora alegre la escalera del timón, a recibir la ovación de su triunfo entre aplausos y agudezas de la holgazana comitiva en viaje.

Cuando Luis volvió en sí, apartándose de la baranda y tendiendo la vista al horizonte, le pareció encontrarse muy lejos, allá en medio de los mares o en tierras lejanas y exóticas, muy lejos de los suyos; y dando un prolongado suspiro volvióse con la faz al poniente, buscando la costa yá perdida en lontananza, y el enjuto brazo de aguas revueltas por donde él había salido momentos ántes; el camino de su tierra que la nave había dejado yá detrás; y pensó entonces en los días del porvenir, en su largo y sombrío futuro, y en si sería quizá aquella la

primera y última vez que surcara sobre raudo bajel las ondas del soberbio río historiado por Humboldt y cantado por los poetas nacionales.

Pero yá la boca había desaparecido; la playa en forma de delta que se extendía al pié de la desembocadura del pequeño sobre el gigante río, parecía ahora una gran ala blanca de alguna ave que durmiera rendida allá lejos sobre la costa indecisa.

Y continuaba extendiéndose la gran llanura plateada, el ancho mar abierto en medio a la floresta venezolana, alimentado por más de cuatrocientas fuentes rumorosas, otras tantas vertientes que seguían presurosas su tarea secular de pagar su tributo al príncipe de los ríos venezolanos.

XII

Al Naciente asomaban ya las riscosas alturas de Cabruta, el pueblucho sombrío, encaramado y raído como la capucha de los frailes que hacía más de dos siglos lo habían fundado. Ni el tiempo en su incansable mutación, ni el Orinoco en su contínuo batir la costa, habían podido arrollar aquel montón de barracas andrajosas que sobre la ribera hacían el papel de un enfermo crónico, refractario a la onda curativa y regeneradora del progreso.

A la derecha, las alturas montuosas de Caicara; su elegante cerro cónico de tan admirable perfección como una figura geométrica; y luégo, al dar la vuelta, la aldea de aquel mismo nombre, de casitas blancas y sencillas, triste y amodorrada bajo el ardiente sol, como el semblante de una empalidecida profesa.

Y al Naciente siempre, en línea oblícua y prolongada, la anchurosa extensión de aguas, yendo a lavar allá muy lejos sobre la orilla montuosa el pié de las altas cordilleras cubiertas de vaporoso manto, o desmoronando poco a poco con su eterno batir sobre la costa, árboles seculares que, como en el desvanecimiento de un terremoto, temblaban primero, oscilaban como un gigante herido, y luégo caían estrepitosamente sobre las onduladas aguas donde quedaban a flote para continuar sin rumbo la marcha de la corriente; ya eran peñones gredosos de la ribera, enormes bloques arcillosos socavados por el beso de la ola, que rodaban con sordo rumor al oscuro fondo de las aguas, figurando en su grandioso y rápido desmoronamiento, enormes trozos de azúcar zabullidos en una copa monumental de fresco líquido.

Y sobre la onda voluble aquí y allá, como aves juguetonas, las variadas embarcaciones pequeñas y livianas, surcando rápidas por sobre la infinita y plateada superficie; desde las oscuras piraguas, cóncavas y empinadas en sus extremos como largas conchas de coco, hasta las blancas balandras y las majestuosas goletas con su velamen ampuloso y blanco como un ropaje de nubes fugitivas y flotantes.

Por las tardes, el espectáculo pasaba como en el mar. La tarde descendía lenta y suavemente

desde el ocaso hasta muy alto por encima del zenit; el sol semejante a la enorme boca de un horno en ignición, lanzaba sus postreros rayos rojizos a las altas cumbres verdosas; las aguas se matizaban tomando un tinte indefinidamente policromo; la costa cada vez más oscura parecía confundirse con el azul del infinito; cesaba la alegre canturía de los pájaros en la selva costanera y de cuando en cuando sólo se oía el plañidero canto de una gaviota o el silbo triste y nostálgico de alguna garza blanca que iba volando cautelosa en busca del somnoliento remanso.

Entrada la noche, los viajeros acudieron a sus acostumbrados pasatiempos, y Peraza, dirigiéndose a proa se encontró de manos a boca con la agradable novedad de los acordes de un *tiple* que suavemente sonaba bajo los hábiles dedos del colombiano; al mismo tiempo que éste modulaba el aire de un sentimental bambuco muy en boga por entonces, al decir del cantor, entre los trovadores bogotanos. Peraza sintió entonces como si pasara por su alma un soplo indefinible de tristeza y alegría, de anhelo amoroso y de sentimentalismo ; muchos recuerdos tristes en fin, como todos los que han pasado dejando imborrable huella en nuestra alma.

Oyó tocar al colombiado con verdadera delectación, y cuando ya éste se disponía a aban-

donar el instrumento, exijióselo Peraza y empuñándolo luego llamó de nuevo con sus singulares arpegios, la atención de aquel mismo auditorio, de sus compañeros de viaje, acostumbrados a ver en él si no un misántropo por lo menos un taciturno. Y entonces, con admirable maestría moduló una de sus antiguas serenatas, de sus canciones dulces y delicadas, de una armonía doliente, como cuando allá en su pueblo y en no lejana época se iba tarde la noche por las sinuosas y somnolentes callejuelas pulsando su armoniosa lira, bajo la blanca luna melancólica.

Allá, hacia las ribas del pasado volaba en alas del recuerdo su memoria, y junto con el afecto de su esposa ausente rememoraba todas sus juveniles aventuras, sus primeros amores y sus fantasías de adolescente; y ahora bajo la luna blanca y triste y sobre la apacible cubierta de un buque en marcha, parecíale flotar como antes, cual en góndola veneciana, cuando trasnochaba con sus nocturnos de romántico enamorado por las callejuelas grisientas de su pueblo o sobre la superficie turbia y gredosa de la creciente.

Y junto con sus notas de alondra y los arpegios dolientes de su guitarra, confundíase ahora el rumor lejano de las aguas en curso, el chapotear de las olas bajo las bordas del bu-

que, el resoplido del vapor dentro de las congestionadas válvulas, o la caricia de la brisa nocturna, risando mansamente la inmensa llanura de las plateadas aguas; mientras desde allá, desde cualquier rincón de la selva oscura llegaba hasta abordo en ocasiones el tenebroso y ronco canto del *aruco*, símbolo de apariciones espectrales o de la presencia del tigre, para los habitantes de la comarca.

Cuando el cantor terminaba sus últimas estrofas

Oh! luz querida, sombra perdida,
Toda la vida me acordaré
De aquel suspiro que al aire diste
Cuando el nativo país dejé,

. . . .

ya eran las doce de la noche y los viajeros se retiraban a sus lechos bajo la pesadumbre del sueño. Sólo el piloto, arriba, sereno y fuerte como una estatua, proseguía impertérrito sofrenando el monstruo pujante, el pesado navío en ligera marcha, confiado a su pericia, y tratando de evidenciar con sus ojos entornados, el lejano horizonte, a través de la luz difusa y cenicienta de una luna pálida que como blanca hostia pendía casi en medio del azulado universo.

XIII

Por la tarde del día siguiente yá se vislumbraban las alturas de Orocopiche y la punta del mismo nombre que se avanza hacia el álveo del río como queriendo oponerse al soberbio curso fluvial, y desde allí, donde las olas chocan bravías contra aquella mole imprudente que trata de hacer valla al enorme empuje de la corriente, empezaba a divisarse Ciudad Bolívar.

Avisados los pasajeros de la proximidad del deseado arribo, apresuráronse a recibir cual primero la percepción aún difusa de la lejana ciudad; y agolpados a las barandas de proa, esperaban anhelantes los unos, el feliz término del viaje; los otros, los pocos de temperamento impresionable, el saboreo de esa sensación nueva

que se experimenta al encontrarse el viajero a las puertas de un lugar o de una ciudad desconocidos, pero de los cuales se tenga yá por lo menos una noción histórica ó leyendaria.

De Orocopiche en adelante la corriente se hace impetuosa como si fuera a estrellarse contra la granítica ciudad, y las embarcaciones aumentan en velocidad al recorrer los diez o doce kilómetros que median entre aquella larga punta negra y arqueda como una gran ceja de cíclope, y los malecones altos y resistentes que en el puerto sirven de poderosa muralla al embate brutal del gran coloso de aguas turbias.

A los pocos minutos, pues, yá se delineaban los perfiles altos y rectos, y las blancas terrazas de la capital de Guayana, «la ciudad oriental,» según la había calificado un turista; por la altivez de su construcción sobre aquella granítica altura, por la rigidez de sus muros y por la pálida blancura de sus edificios que desde lejos simulan el amontonamiento silencioso de marmóreos mausoleos; y abajo sobre la explanada del Este, la larga y fresca umbría de corpulentos árboles, recibiendo en sus verdes follajes el contínuo soplo de la brisa y la sonrisa de la ondulada corriente que va triunfante hasta el mar.

Mientras que en la sinuosa bahía se balancean los mástiles de las barcas veleras allí fon-

deadas, humean las altas chimeneas de los vapores que yá estan al zarpar, y más allá la profusión de botecillos blancos que en vuelo rápido surcan la impetuosa corriente para ir a la opuesta costa caramboleando y saltando como cabritos revoltosos al pasar vadeando la enorme mole de piedra negra, que en medio al Orinoco y frente al puerto, semeja un titán intentando detener al coloso de las aguas en su incontenible carrera.

Media hora después del arribo, el buque se encontraba yá vacío de todos los pasajeros, así como de los numerosos concurrentes, comerciantes o nó, que acostumbran acudir a bordo a la llegada de cualquier buque mercante para hacer compras o en busca de noticias. Uno que otro dependiente de comercio hallábase inclinado sobre las mesas de la antesala tomando copia de la lista de pasajeros y de los cargamentos conducidos; y abajo en las planchas de salida o en la estrecha costa arenosa de desembarque veíanse agrupados a los musculosos y locuaces caleteros, emprendiendo yá la descarga del buque y subiendo la polvorienta cuesta con sus voluminosos sacos o paquetes, camino de la Aduana.

Peraza, junto con el escritor colombiano, habíase ido a hospedar al hotel « Venezuela » y yá por la noche ocupábase en preparar la continuación de su itinerario a la región minera don-

de lo llevaba el atrayente deseo de hacer fortuna.

El escritor por su parte, buscaba la suya por camino muy distinto, y al decir de sus propias convicciones, poco le importaba el dinero; nó así su propio renombre elevándose o llegando a descollar entre los hombres eminentes de la Revolución que habría de dignificar a su patria.

Dos meses después cada uno por su parte había fijado un domicilio distinto. El colombiano, despues de tocar de paso en Trinidad y La Guaira, había ido a parar a Curaçao, punto convenido con sus correligionarios que vagaban por las Antillas para acometer allí con más facilidades la consecución y desembarque de un parque por aguas del Catatumbo o por la Goagira colombiana.

Luis, después de innumerables inconvenientes de transporte desde Puerto de Tablas a El Callao, había logrado entrar como empleado en la principal empresa minera «The Callao Gold Mining Company,» primero como oficial de cuentas en un escritorio a cargo de un entendido jefe de Oficina, y luégo por su propio querer y por variar de ocupación, empleóse como vigilante de una cuadrilla de obreros mineros que trabajaban en las oscuras galerías.

Desde su desembarco en el citado puerto habían empezado para él el desagrado y las con-

trariedades de la nueva vida de combate a que se iba a entregar.

A media noche, la hora acostumbrada del desembarco, había sido echado en tierra como un fardo, como cualquier carga de abordo, entre baúles mugrientos y una multitud de negros trinitarios, bullangueros y malcriados, que también marchaban a las minas en busca de un jornal más halagador.

Con la noche oscura, teniendo que meterse en un bote sucio y mal servido, para llegar hasta el puerto, pues el buque no podía acercarse a la costa por lo pedregoso de la rada. De allí a pasar la noche en el polvoriento barracón que llevaba el nombre de Hotel, donde en desagradable confusión con gente de distinta laya, amaneciera al día siguiente dirigiendo una mirada huraña y retraída a todo aquel conjunto extraño que le rodeaba. Después, ya en marcha hácia los pueblos del sur, soportando las incomodidades de un viaje hecho en un ordinario carretón tirado por mulas altaneras y mañosas, y bajo un sol reverberante capaz de derretir los sesos a un hijo del desierto.

El transporte no se hacía de otra manera, y sólo los propietarios de bestias podían aminorarse un poco los inconvenientes de un largo camino pedregoso y accidentado en verano; por entre desfiladeros y peñascos o a lo largo de

llanuras áridas y cansadas; cubierto de fangales y de resbaladeros peligrosos en la estación de las lluvias, donde las bestias de tiro se atascaban hasta el sobaco, y donde las macizas y toscas ruedas de los carretones se hundían hasta los ejes.

Unas veces cayendo de improviso en una hondonada peligrosa, otras ascendiendo una cuesta peligrosa y empinada donde las mulas se adelgazaban de lomos y se abrían de patas en el prepotente esfuerzo que tenían que sacar de sus estropeados cuerpos, bajo el látigo del obstinado conductor; luégo, las tremendas sacudidas del vehículo al desprenderse de la cuesta para ir a rodar al terreno llano cubierto de guijarros, y junto con aquel traqueteo desvaneciente, la di sonante charanga de las numerosas esquilas que en sus enmohecidas colleras sacudían sin cesar las bestias en trote por el largo surco de la vía.

Fué así, después de seis jornadas de brusco bamboleo y de otros tantos días de mal comer, que hizo al fin entrada nuestro viajero occidental, al poblado heterogéneo y sofocante donde más de seis mil almas buscaban afanosas el valioso metal símbolo de la ventura o conductor de la muerte.

XIV

PERAZA acabó por adaptarse perfectamente a la vida común, a aquel género de vida especial que casi todo el mundo hacía en la naciente villa, centro de la explotación aurífera.

Cuando algunos meses después de su llegada, trabajaba de día como empleado de oficina, de noche se iba a las tabernas o a los cafés donde entre copa y copa de licor entonaba cantos dolientes de cuando su pasada juventud, ilusionada por el Amor y la Esperanza.

Después, cuando aguijoneado por el deseo de ganar mejor salario, se dedicara a capataz dirigiendo cuadrillas de obreros abajo en el fondo de los barrancos, trabajaba de noche porque lo mismo era bajo tierra la claridad que la tiniebla, el trabajo allí no cesaba bajo la ama-

rillenta luz de los candiles. Y cuando por el relevo de su guardia salía afuera, a la clara superficie para mirar al sol y respirar aire más puro, íbase macilento, cansado, casi desvencijado a su grisienta bohardilla donde caía tendido en un profundo sueño de alto reposo. Pero reposo que no alcanzaba a reparar todo el desgaste de sus fuerzas ni el entumecimiento de sus pulmones, porque horas después, a la media noche o bajo el húmedo frío de la madrugada, dirigíase de nuevo ufano y como presuroso a los encantos que él encontraba en el botiquín o en el joropo, cuando entre copas y coplas picarescas soltaba floreos galantes a una de tantas mujeres del arrabal que allí acudían como reinas de la fiesta a emborracharse de cerveza y a desbalijar los bolsillos de los incautos trabajadores.

Después, meses más tarde, apoderóse de él otro vicio; una nueva debilidad, la pasión del juego; y allí entonces sobre el tapete de la suerte perdía indiferentemente altas sumas que religiosamente pagaba como *honrado* jugador.

Entonces empezó a asistir poco a los bailoteos y musicatas que ántes frecuentaba con tanto agrado. Ahora se iba poniendo taciturno y como retraído a las alegrías de antaño. Era que el dios del Azar, ese gran dominador de tantos espíritus, lo venía poseyendo cada vez con más

arrogancia, con invencible sugestión, y ante cuyo altar el recién iniciado no podía dejar de oficiar fervoroso; sobre todo cuando en sus manos rodaba bajo la emoción de la ganancia o de la pérdida, un grueso puñado de monedas de oro, finas y brillantes de puro nuevas, como acabadas de salir del cuño, y sobre las cuales el busto de Bolívar joven pero de frente yá rugosa, se destacaba altivo por el anverso; mientras por el reverso relumbraba el simbólico escudo de la patria.

Eran los *callaos*, esa valiosa y limpia moneda hecha con el primero y más puro oro de aquella renombrada región, que para entonces rodaban abundosamente, ya en las manos del alto empleado o superintendente minero, ya en las de cualquier obrero ganador de un simple jornal, cuando en la primera taberna pagaba copas de ron blanco; placas auríferas esas de alto valor, que modeladas con la efigie de un héroe, desaparecerían en no lejano tiempo llevadas al extranjero por manos de hábiles mercaderes que no dejaban en cambio sino baratijas para indios, el vicio del lujo y el incentivo por realizar dolosas especulaciones.

Verdad que antes de su adaptación a aquel medio vicioso, Peraza fué durante algún tiempo, el mismo esposo cariñoso de antaño, leyendo ansioso y bajo una nostalgia dolorosa, las largas

y sentimentales cartas de su esposa, dejada allá muy arriba en el puerto zamorano junto a las charcas paludosas y a los lodazales invernales. Y luégo, después de leídas y releídas aquellas tiernas confidencias escritas, contestábalas largamente, vaciando en sus misivas toda una incomparable ternura de esposo todavía enamorado; narrándole numerosos incidentes de su nueva vida de minero, y enviándole junto con sus anhelos de esperanza y de ventura para próximos días, recursos suficientes para que ella hiciera un mejor pasar de sus horas solitarias.

Mas esa normalidad se fué agotando poco a poco; la lámpara del recuerdo se fué apagando paulatinamente bajo las nuevas brisas del oro que caía en su bolsa y de los vicios que se acumuladan en su alma, cayendo al fin en el olvido más completo por sus lejanos lares.

Entonces se centuplicaban las cartas de Lucinda, la esposa abandonada; llegaban al correo y en la mayoría de las veces ni siquiera eran solicitadas.

Mientras tanto, el hombre honrado y laborioso de ántes, el marido afectuoso y el espíritu sentimental de otros tiempos, se le podía ver ahora de anfitrión en los lupanares, de guapo en las jaranas y bailoteos de los cafés y de los *pe-*

láos, (1) o de desgraciado tahur en las grandes mesas redondas cubiertas de paño verde o envueltas en gruesas cobijas rojas, así preparadas al caso en cualquier cuartucho sospechoso para el correr de los dados.

---

(1) Hervido de gallina que acostumbraban mandar a preparar yá tarde la noche los trasnochadores alegres, y que comían festivos entre las risas y chocarrerías provocadas por el licor.—N. del A.

XV

Era el mes de diciembre.

Después de alejadas las brumas de la mañana, un sol claro y radiante lanzaba sus calientes rayos sobre la tierra aún humedecida por el frío sereno de la noche; y el calor empezaba a aumentar gradualmente bajo los techos de zinc de casi todas las habitaciones y bajo las largas galerías, asiento de maquinarias y maderámenes.

Bajo aquel agradable tiempo de aire seco y de verano vivificante, parecía renacer con más bríos el apego al trabajo; los obreros y transeuntes parecían cruzar las calles con mayor apresuramiento, y las máquinas parecían moverse más rápidas y estrepitosas bajo el inagotable fuego de sus calderas.

Era que se acercaban los días alegres de la Pascua, esos días sonrientes como los rosales en primavera, que pasan cada año por nuestra vida, dejando en nuestra alma como una gran corona de flores de alegría, que luego depositamos sobre la tumba del año que se vá.

Todos pues, desde el despreocupado e indiferente negociante inglés, de ropa blanca y de sombrero y zapatos también blancos; desde el alto propietario hasta el humilde trabajador antillano, tirador de pico en las canteras o limpiador de maquinarias enmohecidas; todos en fin, nacionales y extranjeros, preparábanse a recibir regocijados, con el mayor o menor acopio de sus fortunas, aquellos alegres días tradicionales, en que el mundo cristiano hace del establo un culto por haber nacido allí el más grande hombre que soñara con la redención humana.

Desde la alta madrugada empezaba la sonrisa del día. Las campanas tañían alegres y junto con el estrepitoso estampido de los cartuchos de dinamita que se hacían reventar a guisa de fuegos pirotécnicos, empezaban las misas de aguinaldo donde una abigarrada concurrencia acudía, mas que en peregrinación devota, en tumultuosa romería.

Llegada la noche, empezábanse a oír entonces las músicas preparatorias de aires pascuales,

esos conocidos cantos dulces y fugaces que bajo un *allegro* cada vez más forzado entonan nuestras gentes de buen humor por los días de Pascua, lo mismo en la aristocrática capital que en el último lugarejo murrioso y empobrecido.

Llegó la Nochebuena, la magna noche donde en cada casa se prepara opípara cena, triunfando entre los manjares la suculenta hallaca venezolana, y donde en cada esquina suena una música, entonando estrofas picarescas y estrafalarias los pedidores de aguinaldo.

Todo era alegría bulliciosa, charlas alegres, gritos, tiroteos de fuegos de artificio, luces de bengala que los muchachos batían al aire dando brincos; acordes de guitarra ejecutados a veces por manos expertas, pianitos ambulantes y el ronco rugir de los furrucos que tocados con febril entusiasmo, marcaban vigorosamente el compás de las nocturnas murgas.

Solo allá en un rincón de un caserón medio destartalado, la noche estaba taciturna.

Bajo una lámpara de petróleo que colgaba del ahumado techo, varios individuos rodeaban una gran mesa redonda forrada en rojo, sobre la cual iban y venían bajo el ruido seco del cubilete de cuero curtido, pequeños cubos de hueso determinantes del azar. Un núcleo de individuos jugaba allí mas que con entusiasmo, con ahin-

co. El silencio de la calorosa bohardilla era turbado solamente de cuando en cuando por el tic-tac de los dados en el cubo o por las frases entrecortadas de los jugadores. Algunas fisonomías se alargaban, los ojos se abrían más y las cejas se arqueaban desmesuradamente. Algunos labios sonreían, otros tomaban un rictus de amargura.

—¿Quién dice más? preguntó imperativamente una voz.

—Paro....

—Topo a todos....

Los dados rodaron sobre el tapete como brincando, y ambos cubos marcaron un «cinco y seis.»

El ganador no esperó a que el tercio perdidoso le ofreciese la ganancia; y estirando los brazos arrió con las dos manos hasta su puesto el montón de monedas de oro del contendor.

Este, que permanecía de pié era Peraza; y con el semblante lívido se sentó incontinenti como desplomado por una conmoción interna.

—¿Quién dice más?, volvió a repetir la voz fuerte y petulante.

—Pinto.... dijo otra voz.

Continuó así la jugada, y momentos después Peraza desaparecía del grupo.

Como un obsesionado, como un loco, la frente fría y sudorosa, las manos bajo un persistente temblor, y con sus pasos inseguros tomó camino como inconsciente por una estrecha callejuela oscura.

No solo había perdido hacía poco una gran suma, todas sus economías ; sino también todas sus últimas ganancias.

Haber quedado de un golpe con las manos vacías, él, el jugador avesado que jamás se había retirado de la mesa sin la reserva para el día siguiente !

El, que estaba comido de deudas pero que jugador « honrado » como algunos, le gustaba pagar cuando podía. Ver cómo se habían ido de su mano poco a poco y al fin de un solo golpe, todas aquellas valiosas monedas rojas, que bien podía hacerlas volver a su poder por medio de un arriesgado desquite. Pero ¿ y el dinero para ese desquite? Cuatro monedas.... dos.... acaso una sola, ¿ donde las encontraba ?

¡ Y a aquella hora !

Además, la ocasión era ya perdida, pensó ; el desquite debía ser casi en seguida, acto contínuo, si posible antes que se levantara la jugada ; y.... él conocía los tercios. Al día siguiente no los conseguiría, su contendor no vol-

vería probablemente, y si volvía traería la bolsa vacía, apta para seguir tragando de las ajenas.

Nó, no podía ser; esto no podía quedar así. Había que buscar para el desquite.

Y ofuscado, ansioso, con los ojos desmesuradamente abiertos, como penetrando la oscuridad, siguió marchando a paso incierto por la calleja estrecha, y a poco se internó cautelosamente bajo las sombras de la noche por un solarón baldío.

XVI

MEDIA hora después Peraza se hallaba de nuevo entre sus compañeros de jugada.

Traía ahora más dinero, acaso poco, no se sabía cuánto, pero todos le miraron con avidez. Y empuñando de nuevo el cubilete empezó en busca del desquite.

Solo él y Dios, pensaba, cuando iba de regreso a la jugada, sabrían de aquel dinero mal habido que él portaba ahora en su bolsillo.

A aquella hora, la una.... las dos de la mañana, era imposible. Todos dormían en la Oficina.

Y allá, a la casa de la Oficina de pago, donde la Junta Directiva daba impulso y desarrollo a

sus operaciones fabriles y mercantiles, allá había ido a parar hacía poco, cuando la obsesión del juego lo empujaba como atolondrado por la callejuela oscura.

La víspera, ya tarde, los obreros se agrupaban confusamente a la puerta de pago en busca de sus jornales, y el cajero se había visto obligado a suspender por lo avanzado de la hora, su tarea para el día siguiente.

Luis Peraza, que ojeaba desde léjos el conjunto, en espera de su turno para cobrar, observó cómo habían quedado afuera, en una pequeña mesa cubierta de papeles, algunos paquetes de dinero sin ser enterados en la caja.

Oscureció a poco, y los empleados, cerrando precipitadamente, se largaban cada quien por su cuenta a hacer su Nochebuena como mejor lo pudieran.

Cautelosamente, aunque temblando de emoción, Peraza empujó suavemente una de las puertas ; no cedió ésta al principio, tomó luego un fuerte hierro terminado en punta que casualmente le quedaba cerca ; introdújolo por la boca–llave, retorció con fuerza, hubo un sonido seco y la puerta giró sobre sus goznes.

Luego, allá adentro, en la habitación oscura, con la mirada penetrante de un buho siniestro,

tocó, tanteó, dió al fin con la mesita que él buscára; y con la avidez del hallazgo, metióse entre los bolsillos varios paquetes cilíndricos y pesados.

A su salida, cuando ya pisaba los últimos peldaños de la escalera que bajaba al patio, oyó una voz que a cierta distancia interrogó:

—Ea !.... quién vá?

El jugador tembló, miró hácia atrás y alargó el paso con el sigilo de un felino. A poco llegaba donde sus compañeros de jugada.

Nadie sabía de aquello, de aquella escena muda, sin más testigos que los astros bajo el silencio apacible de la noche; y sinembargo el ladrón sentía durante la marcha como si le repitiesen por dentro, aquella interrogación fatídica: —Ea! Quién vá?

Cuando llegó de nuevo a la mesa apareció hondamente emocionado a pesar de la impavidez que trataba de demostrar.

Serían ya las cuatro de la mañana cuando los tahures se separaban de la mesa.

La tenue luz de la lámpara ya se empobrecía, alumbrando con la palidez de un cirio funerario el rojo de la mesa y la faz del jugador reincidente, que de nuevo, acribillado por la mala suerte, había perdido hasta el dinero hurtado.

Y allí había quedado sobre la mesa, con la cara entre las manos, como en un hondo sopor resistiendo el peso de su desgracia.

Entre tanto, afuera en la calle ya clareada por la aurora, pasaba una murga bulliciosa cantando villancicos picarescos, bajo el rasguear sonoro de los *cuatros*, al compás del estruendoso furruco, que junto con las voces de los cantores, desentonaban ya, modulando el cuarteto siguiente :

Borracho se pasa
La vida mejor ;
No se sienten penas,
Já.... já.... já.... já.... já....

La última estrofa que debía decir « Ni ningún dolor, » la reproducían en una larga y truhanezca carcajada, porque estando ya borrachos les flaqueaba la memoria.

XVII

Días después de aquella memorable Nochebuena, un pavoroso acontecimiento ponía en consternación a todas las gentes.

La multitud corría presurosa hacia el extremo sur de una de las callejuelas transversales del poblado, donde estaba situada una de las principales boca-minas.

En el primer momento la intensa emoción había sido de estupor. Una formidable explosión de dinamita abajo en las galerías del barranco en explotación, había hecho temblar en descomunal sacudida a todos los habitantes. Muchas máquinas en movimiento se paralizaron repentinamente; algunas paredes se fueron al suelo mientras que otras quedaban agrietadas.

Una densa humareda polvorienta salía como por un cráter de la boca de la mina.

Bajo la oscuridad de la noche aquel humo tomaba las coloraciones de un incendio. Temióse en un hundimiento general del poblado, y las gentes, ávidas de darse cuenta de lo ocurrido, corrían en confusión al lugar del suceso.

Allí no había nada que hacer. Ningún auxilio era oportuno. La tierra hundida humeaba, y la extracción de los que habían sucumbido abajo era imposible.

La policía siempre acusiosa y «activa» en casos de desastre, y para hacer ver que servía bien al público, caía a planazos a algunos ciudadanos para alejarlos, impidiendo la aglomeración y só pretexto de prevenir los robos.

Nadie en verdad, pensaría en robar, sino en aquellos desgraciados, víctimas de una muerte pavorosa; pero las autoridades veían como de costumbre, acechanzas en todas partes.

Nadie durmió en el resto de la noche.

Al siguiente día se hacía constar por el respectivo empleado de las Oficinas de la Compañía y por ante la autoridad civil, que el número de los perecidos no pasaban de cinco, a pesar de no haberse podido hacer identificaciones.

En realidad alcanzaban a más de treinta las víctimas, pero no convenía a los intereses de la gran empresa minera, que así se divulgase para no propagar el miedo entre los nuevos trabajadores que debieran venir en sustitución.

Aquellas eran gentes anónimas, sin familia y sin amigos; y nadie se ocupó más de ellos por ver de sacar alguno a la superficie. Allá estaban bien, abajo en la tiniebla de las desplomadas galerías, bajo el tremendo peso de las rocas, mutilados y deformes unos, con el desesperante gesto de la asfixia y el ansia implacable de la vida, muchos otros.

Solo de un individuo bastante conocido, se dieron cuenta varias personas. De Peraza, el gran «tipo» como lo llamaban sus camaradas.

—¿Qué se había hecho el pobre?

—¿Trabajaba anoche en la galería?

Creo que sí, respondieron algunos.

—Sí, como que estaba, arguyó otro, pues él me había dicho que pensaba volver a trabajar.

—A trabajar! arguyó un tercero, qué vá! A mi me dijo que cualquier día de estos se quitaba del medio porque le venía pasando algo muy sério desde hacía días.

—Y a mí me dijo, agregó otro, que en cualquier momento se tiraba de cabeza en un tronerón.

Era lo cierto que el camarada había desaparecido, y así se fué confirmando esta opinión hasta considerarlo por muerto la noche de la explosión.

Algunos brindaron por el «buen cámara» sepultado en vida y sin decirles ni siquiera adiós.

Otros lamentaban la ida del «buen tercio.»

Y fué que el jugador quedó obsesionado de contínuo por aquella frase de alerta que chocara en sus oídos como un látigo la noche en que se hacía desgraciadamente ladrón; aquel *Ea, quien vá,* le quedó martillando constantemente la conciencia y pensaba en ser descubierto de un momento a otro.

Esto si que lo haría morir de vergüenza. Prefería matarse, tirarse al río o de cabeza en un barranco abandonado.

Nadie hasta ahora lo había denunciado pero temía al denuncio. Del robo sabían los de la Oficina, pero siendo de escasa monta, solo unos paquetes de venezolanos o monedas de plata, convenía más bien callar el desfalco que propagar noticias perjudicantes al crédito de la Empresa.

Y como la ocasión del desastre en la mina le fuese propicia al jugador, inventó fugarse, ponerse en marcha léjos, muy léjos a donde nadie supiese más de su nombre. Hundirse en el olvido por que ahora se replegaba su conciencia y comprendía hasta qué abismo de indignidad había llegado.

A la hora del desastre y del pánico echó a andar, andar, por la senda polvorienta, sinuosa y larga que habría de conducirlo a las márgenes del Orinoco, a la misma aldea contrahecha y palúdosa por donde había entrado meses antes a la comarca del bullicio y del oro.

Mientras tanto, en los corrillos y en las tertulias de las cantinas, al comentar la presunta muerte del jugador, no faltó quien sostuviese—una martiniqueña supersticiosa—haber visto la silueta o sombra de un hombre que se arrojara de improviso la noche del hundimiento, por la boca-mina incendiada, rasgando la humareda luminosa.

SEGUNDA JORNADA

XVIII

PROPIO es del hombre inclinarse o ser deferente a lo sobrenatural. Al vulgo le agrada lo misterioso. A las colectividades lo extravagante, lo trágico; sinó por deleite, por tener cuerpo donde clavar el diente de la malignidad o el de las alarmantes conjeturas.

Así que, en toda la agrupación minera, se confirmase el dicho de que la muerte de Peraza, había sido un suicidio. Cosas de un loco aterrorizado por quién sabe que de casos de conciencia!

Y uno de sus más leales camaradas, ocupóse, después en enviarle a Lucinda, detalles del trágico suceso, de la desaparición de su marido desde aquella terrible noche, y de la opinión unánime que se tenía de su fallecimiento bajo las paredes de la mina.

Aquella carta fué para la esposa ausente, el colmo de su abatimiento y el más intenso de sus desengaños.

Lloró, suplicó, elevó desesperantes plegarias al cielo y a la Virgen de Candelaria, la santa de su antigua devoción, por aquel desamparo infinito en que iba a quedar. Y en su intranquilo pensar, ocurriósele el ponerse ella también en marcha hácia aquella tierra halagadora y maldita.

Debía acudir allí, a saber de cierto lo ocurrido, a desenterrar si era posible ella misma del fondo del antro pedregoso a su querido Luis, cuyo ansioso y trágico gesto de asfixia imaginábaselo de un modo claro, palpitante. Y ella debía volar, pensaba, acudir allá léjos, bajo las rocas impiadosas, a llevar todo el aire posible, hasta el de sus pulmones ya entumecidos si era preciso, para volver la vida al muerto querido.

Para hacerse de algunos recursos, deshízose de cuanto tuvo algún valor, hasta de una antigua prenda de familia, una cruz de oro con cadena romana que había venido pasando por varios pechos desde su bisabuela hasta ella misma que ya tenía veinte y cinco años ; hasta esa cruz, ya desgastada, sobre la cual ella estampaba todas las noches a la hora de acostarse un fervoroso beso de creyente, fué a parar a las usureras manos de un vendedor de víveres.

Y una tarde lluviosa y triste, cuando el sol ya se hundía desteñido en el lejano confín de la comarca, embarcóse rumbo a Guayana la pobre esposa há largo tiempo viuda ; y quien, bajo su tocado negro, aparecía ahora con una belleza delícada, sutil, inspiradora de ideales románticos y de dulces ensoñaciones.

Su llegada al pueblo del oro fué de numerosas tribulaciones.

Todo lo que se le había escrito y lo que ahora le contaban resultaba ser fatalmente cierto. Nada, ni un recuerdo ni un despojo dióle noción segura de cómo había desaparecido Luis de aquella su antigua residencia ; y sólo allá en el solarón herboso y yermo, había quedado como la boca renegrida de un gran mónstruo, la ancha abertura del barranco minero, ceniciento, frío y mudo, incapáz de decir cuántas vidas habían quedado sepultadas en su oscuro vientre.

Acabó pues, por aceptar y conformarse a las informaciones que desde antes de su llegada al pueblo y posteriormente a ésta, le habían venido dando sus moradores. Cada vez una nueva noticia más oscura, una conjetura más confusa, pero siempre una tendencia unánime a establecer como hecho realizado y seguro, la tirada exprofeso de Peraza al fondo del barranco tenebroso en aquella memorable noche de pavor.

Los primeros días para Lucinda, fueron de cansancio, de inseguridad, de ansiedades infinitas.

Veíase sola, abandonada en un lugar no sólo desconocido para ella sino también de costumbres y de idiomas extranjeros que a ella se le hacían bastante incómodos, siendo como era simple provinciana acostumbrada a la apacibilidad y monotonía de su vida lugareña.

Pero, mujer educada en la virtud del trabajo, y con el corazón tan frescamente lacerado, buscó con ahinco quehaceres productivos ; y cosió, cosió mucho desde por la mañana hasta en la noche, de aquella ropa de algodón ordinaria y tiesa que llevaban a sus faenas los hombres de los barrancos.

Sus labores se fueron recomendando, y ya no solo cortaba y cosía de aquellas irregulares blusas y pantalones de obreros curtidos y desmañados ; sino que muchos meses después ya su fama de buena costurera se extendía por toda la vecindad femenina ; y muchas « madamas » en primer término, acudían a hacer confeccionar con la nueva costurera, sus anchas batas abigarradas y llamativas conque holgadamente cruzaban a diario las calles, ya de paseo, ya en bréjetes de vender sus quincallas y grangerías.

XIX

Madama Eugenia era la que más frecuentaba la casa de la costurera y la que más se dió al trato de confianza con ella, informándola y casi instruyéndola en su gangosa lengua de extranjera inculta, de las personas y de las costumbres del lugar; de aquella residencia exótica que ante los ojos de Lucinda habíale parecido un tanto rara con su fisonomía de barahunda.

Raro era el día que no llegaba madama Eugenia a las puertas de la costurera con una enorme cesta de baratijas, como encajes, trenzas, letinas, estambres, frascos de perfumes, aceites, polvos y demás menudencias para adornos y para el tocador.

Otras veces era un ancho azafate lleno de variadas frutas, que ponía en el suelo, mientras ella

se arrellanaba de un lado y luego sacudía y venteaba por encima con su gran pañuelo de madraz pintado a cuadros, para que se alejasen las moscas de la olorosa frutería.

—« Aquí traer todo lo que a tí gustar, » decíale a la costurera con voz melosa y cansada mostrándole los redondos y olorosos nísperos, los relucientes aguacates, los ambarinos cambures y las rugosas y más grandes naranjas de la comarca, que la revendedora tenía la habilidad de conseguir para su negocio.

Otras veces empezaba por enseñar las más raras fruslerías de su quincalla de contrabando, terminando por levantar algún frasco de exquisita loción o de cristalino perfume, y recomendándolo en especial por ser de los que había traído últimamente *mosiê* Rijon, el tendero corso de mejor gusto y el más generoso que se podía conseguir en la localidad.

Hablábale entonces a Lucinda, largamente de ese tendero de sus preferencias, recomendábale sus mercancías y acababa por recomendarlo personalmente como un hombre desprendido, liberal, simpático, que ganaba poco o medraba poco de sus negocios y hacía muchas obras de caridad remediando a los pobres.

Y parándose después perezosamente, como a las cansadas, requería su azafate, acomodábaselo

sobre el muelle rollete, y cruzándose su pintado madraz por detrás de la nuca, trasponía el umbral de la puerta, dirigiendo un adiós confianzudo, y marchando en seguidas a pasos lentos por la larga callejuela pedregosa y enlodada.

Por su parte monsieur Rijon, la había dado después de algún tiempo por acoger con mucha deferencia a la madama revendedora, cuando ésta llegaba a su establecimiento mercantil, con sus ventas de frutas o de quincallas populares.

—Bueno, *doudou*, le decía el corso ; ya sabes, no dejes de pasar siempre por allá.... Si se antoja de algo o si te pide fiado, déjaselo como regalo de la casa ; de aquí, *comprennez ?*

—« Oui *mosié;* mi saber bien ; dejar cuenta mía eso. »

La ventera continuó durante muchos días, durante meses, sus interesadas visitas a la viuda, sin dejar de cuando en cuando de demostrarle sus deferencias, de compadecerla por lo sóla y por el mucho trabajar ella tan joven, digna de mejor suerte ; acabando por dejar sobre la mesa, ya un gajo de tentadoras frutas, ya cualquier baratija o pequeño cromo artístico propio para aumentar el escueto lujo de la sala.

XX

El trabajo era lento pero seguro. Aquella larga labor de seducción emprendida por el corso con la mediación de la quincallera, había sido tardía, accidentada a veces, pero eficaz al fin y de un éxito mercantilmente calculada.

Casi un año de lucha por parte de la costurera que se mantenía incorruptible a toda prueba, a pesar de los frecuentes aleteos de distintos moscones enamoradores de oficio ; y dos años también de tenaz asedio por parte de aquel indirecto galanteador que escudaba su falta de verbo atrayente con la oblicuidad de sus generosidades.

De cuando en cuando un pequeño y elegante cofre contentivo de algún delicado y significativo regalo. Más tarde uno o varios paquetes de objetos de arte, telas o aderezos de uso personal.

Y por fin, ya a los últimos meses de aquella larga relación entablada a lo léjos, paqueticos de dinero que caían como sigilosamente en manos de la costurera cuando mayor urgencia la acosaba ; surtiendo aquellas ofertas como era de esperarse, el doble efecto de su valor y el de la oportunidad.

Un día la madama llevó unas botellas de una bebida fermentada y amarillenta. Especie de licor suave o champagne dulce, al decir de la ventera, para refrezco y para abrir el apetito.

—« Es *ginger-beer*, muy bueno y sabroso ; poner bonita, hermosa, » insinuóle melosamente la madama ; y aunque Lucinda se abstuvo al principio de tomar el líquido rejuvenecedor, la madama le instó, tomó un vaso y echó ella misma la espumante bebida brindándosela en seguida a la costurera.

Esta bebió sorbo a sorbo, casi con deleite, y encontró que aquella bebida no conocida de su paladar hasta entonces, era realmente deliciosa.

Desde ese día la botella especial, la escanciada por la vendedora, empezó a surtir el efecto esperado ; y aquel fermento deleitante que como el recomendado por Mefistófeles a Fausto, traería rejuvenecencias al cuerpo y al espíritu, empezó a obrar como un poderoso y decisivo específico de seducción en el corazón de la viuda.

La pócima embrujada de la hechicera, en cuyos misteriosos efectos ella y muchas de sus paisanas tenían grande arte, vino a hacer pues, el último empuje dado a aquel muro de la virtud y de la fidelidad, hasta entonces infranqueable.

Pronto Lucinda entió a cambiar de pareceres; acudieron a su mente ideas nuevas, deseos nuevos, anhelos inexplicables, desganos a la labor, espasmos nerviosos, cansancio de la vida, toda una extraña decoración en su alma que junto con la miseria por un lado y la tenacidad del incansable amante, hija directa de esa otra tenacidad del mercader extranjero para acumular dinero, acabaron por derribar aquel femenino alcázar donde una acendrada virtud había sabido mantenerse incólume.

Triunfaba el oro del corso por medio de la astucia y el maleficio de la frutera.

Tiempo después Lucinda era la querida de *mosié* Rijon, como campechanamente lo llamaba la quincallera; y el traje negro de la presunta viuda caía en un rincón de la alcoba para ser sustituido ahora por la bata imperial color de rosa de la nueva desposada.

La vida para Lucinda tomó entonces una faz de verdadera apacibilidad.

Su espíritu antes torturado por punzantes contrariedades, se ensanchaba ahora en una afable y benéfica tranquilidad.

Su cuerpo era reanimado por una nueva vida misteriosa. Sus mejillas empezaron a colorearse, sus ojos garzos a tomar un brillo de vida ; sus senos antes doblegados como dos rosas marchitas, empezaban a encombarse erectos, bajo el influjo de la nueva sangre ; sentíase en fin, como renacer de un prolongado letargo donde todo su poder fisiológico había quedado siempre adormecido.

La marcada influencia de la maternidad comenzaba a operar en ella una mutación completa y marcadamente regenerativa ; y ahora su espíritu, su alma antes flor mustia, alimentada por un cuerpo también marchito, se cambiaba, se transformaba en mariposa alegre, como surgida de un cuerpo regenerado por la fecunda savia de la naturaleza.

Las ideas melancólicas, hijas de las torturas del cuerpo—las privaciones y las enfermedades—se fueron alejando cada vez más ; y ya en su nueva imaginación no flotaba más la sombra del muerto, de su muerto querido, sino como una vaga silueta informe, perdida allá muy lejos en los ocultos rincones de su memoria.

Meses después un muchacho rollizo, fuerte, ancho de espaldas y de cabeza prominente,—la raza del padre—junto con un color un tanto pálido,—la sangre linfática de la madre—era el fruto de aquella unión amorosa hija del afecto y de la necesidad.

Al año siguiente vino un nuevo retoño: una hembrita lozana y risueña, con los ojos garzos y los cabellos negros de la madre; y dos años después otra pequeñuela que era el retrato de la abuela. Ya era toda una familia; y la esposa fecunda de ahora, recordaba con cierta tristeza el no haber podido quedarle un hijo siquiera de aquel primer hombre a quien amó tanto y a quien había ofrendado cariñosa la flor de su virginidad. El fué el culpable, pensaba; la incapacidad era suya no más; y esa incapacidad hereditaria o adqurida quedó siendo para ella siempre un misterio.

XXI

El amor pasional no dura mucho y si ese amor ha sido quebrantador por la miseria o por la desgracia, menos tiempo dura aún.

La opinión acerca del amor eterno, entre seres que se sintieron simpatía mútua, es insostenible porque la misma ley natural a ello se opone.—Es una ficción de tantas conque nos ha saturado el Cristianismo, creyendo hacer del matrimonio no sólo una unión eterna, sino también haciendo de ese sacramento un amor eterno.

Y, fuera de esos preceptos ideados por la religión, resulta que bien puede existir y realmente existe el amor sin el matrimonio, y de un modo paradógico el matrimonio sin el amor.

No hay duda de ello ; a los pocos años ha dicho un psicólogo italiano, los casados ya no se aman ; se quieren o se estiman nada más. Y aún a pesar de no quererse ni estimarse con verdadera sinceridad, permanecen unidos en la mayoría de los casos por evitar el escándalo ante el grupo social que asecha las interioridades del hogar.

Verdad que la ley ha dado el divorcio, recurso salvador declarado por los jueces ; pero, cuántos prefieren divorciarse a solas para librarse de las innumerables molestias que ocasiona ese favor legal !

Lucinda fué pues, echando al olvido poco a poco, después de su unión con el tendero, aquel antiguo amor nacido al calor juvenil y bajo la ternura de la inocencia ; aquel antiguo amor que naciera en un idilio para venir luego a extinguirse trágicamente bajo el peso de tantas desgracias.

Y ya no pensó sino en sí misma ; en su nueva vida de holgura, de apacible comodidad ; y cuando sentía en su cerebro, bajo las garras de algún ensueño caprichoso, algo así como el resurgir del esposo muerto, se atería de miedo, le temblaban las carnes y se arrebujaba entónces entre los brazos del amante, para escapar así a las miradas del muerto.

Oh! cuánto le había querido ella! pensaba en aquellos momentos, depositando un suave beso

sobre la frente del amante que lo tomaba por una ternura de alma todavía virgen o por un rasgo pasional de su querida.

¡Cómo lo recordaba al cerrar los ojos, cuando un espasmo voluptuoso le sacudía todo su sér bajo la tibia caricia del amante!; pero como el peso de la desgracia, la ironía del hambre, el halago del pan y la sonrisa del lujo, la habían hecho sepultar aquel amor idílico, para sembrar ahora sobre su blanca lápida, una nueva semilla de amor que florecía sí, mas no tan blanca como antes sino teñida con los matices del cálculo.

Y mientras más se iba arrebujando entre los brazos del amante, parecíale defenderse mejor contra la silueta del muerto que continuaba flotando en su exitada imaginación, y que después de un rato se iba esfumando, disipando en la penumbra de la habitación iluminada por un quinqué a media luz ; acabando entónces por quedarse profundamente dormida al benéfico calor de su compañero de lecho.

XXII

FÉLIX Estrada ausente del Apure después de la Revolución del 92, dedicóse tiempo después a cursar estudios científicos en un Colegio de una capital de provincia, de aquellos que habían sido autorizados por el Ministro del ramo, para la enseñanza de las materias correspondientes a los grados de Medicina y de Derecho.

Desde niño había tenido una marcada propensión a las letras ; y cuando ya fué hombrecito, leía de todo y a cualquiera hora, devorando con los ojos cualquier papel impreso que cayera en sus manos.

En su infancia, su buena madre laboriosa y metódica, le enseñaba sin gran trabajo, las primeras letras ; y cuando ya estuvo de ir a la escuela, leía regularmente de corrido, pasajes del « Amigo de

los Niños,» y se aprendía de memoria capítulos casi enteros de la ininteligible «Doctrina.» Su padre, muerto en la guerra federal del 70. no había tenido tiempo ni de conocerlo, mucho menos de ayudarlo en su educación.

Ese marcado apego al estudio era debidamente apreciado por el maestro que siempre estaba satisfecho por la aplicación del discípulo; y quien al contrario de muchos, la mayoría casi, siempre dispuesta a huelga, manifestábase en su casa pesaroso y como avergonzado cuando por cualquier mandado o quehacer doméstico dejaba de asistir con puntualidad a la escuela.

No había duda, aquél era un temperamento de pensador, de hombre nacido para las letras; y así lo presentía con razón su inteligente madre, cuando soñaba verlo llegar a ser un doctor o ver su nombre frecuentemente escrito o reproducido en los periódicos de su patria.

Eran pobres, y el pobre aspira casi siempre a lo que para él es más imposible. Sin embargo, la buena disposición y la constancia, vencen al fin, por sobre todos los obstáculos que se oponen al que se hace un rumbo directo.

A los veintiún años Estrada, después de un lucido examen de bachillerato, se fué a Caracas y dedicóse a cursar ciencias mayores en la Universidad Central; no tanto por el afán de llevar un

título como él mismo lo sentía y a veces lo manifestaba; sinó por el deseo de crearse una profesión que le permitiese ganarse la subsistencia libremente, lo más independientemente posible.

El hecho de depender de superiores, era cosa que no cuadraba a su temperamento de hombre libre, casi rebelde, pues nunca se había podido acostumbrar a hacer y pensar inconscientemente y de un modo imitativo como lo hacen las colectividades

Por esto que en las clases, siempre tuviera contrariedades íntimas y rebeldías mal disimuladas, al ver cómo muchos de aquellos sus compañeros que apenas digerían a medias lo poco de ciencia que se ingerían, aparecían luego en los exámenes, con buenas notas de aplicación y de adelanto, tan solo por el hecho de figurar en los Registros con pocas faltas de asistencia y de ser los primeros en tomar puesto de descanso en los bancos escolares.

Ese era el método: el formulismo pesado y desconcertante de los maestros pedagogos, de los perpendiculares catedráticos; pero ese era el que valía, y de poco servía que el estudiante que, por causas involuntarias dejaba de ser cumplido con su presencia en cátedra, supiese mejor que los otros sus materias de estudio el día señalado para el examen.

Al principio, después del bachillerato, cuando ya se trataba de elegir carrera, su elección fluctuó durante muchos días entre la Medicina y el Derecho. Tenía muy poca o ninguna disposición a las cosas de hospital; delicado de estómago y de olfato sensibilísimo, creía ser para él un martirio eso de ir a restregarse con polvos hediondos y unturas pegajosas, o tener que impregnarse las manos de residuos pestilentes lavando úlceras incurables.

Verdad que, visto por encima, la Medicina era algo así como el apostolado del bien; el contínuo practicar de una alta virtud: la caridad cristiana.

Llevar alivio al sufrimiento, enfrentarse a los males para combatirlos hasta donde es humanamente posible ; arrancar en fin, el misterio de la vida al organismo humano, para salvarlo de las constantes agresiones de los otros organismos, poniéndole así un aplazamiento a la muerte.

¿ Pero en el fondo, era una realidad la ciencia o el arte de curar ?

Acaso habían logrado los hombres de esa ciencia siempre fluctuante, establecer desde los tiempos de Hipócrates y de Galeno, principios invariables y seguros ?

No iba a ser ya veinte siglos que venían buscando en distintas fuentes, el antídoto poderoso que salvase a la humanidad de las tres grandes plagas que la azotaban desde la época de los judíos ?

La lepra, la sífilis, la tuberculósis, no continuaban segando vidas por sobre la faz de la tierra, burlándose descaradamente de las más luminosas y extravagantes teorías de los sabios?

Gran parte de la humanidad continuaría sucumbiendo a través de los siglos bajo el hacha implacable de esas Euménides impiadosas, y la omnisciencia de los más afamados especialistas sería siempre incapaz de arrollar el invencible avance de esas furias.

No había duda; la Medicina continuaría siendo ciencia infusa, de anhelos generosos, altruistas para unos pocos; de ansiedades especuladoras para otros.

Y mientras tanto, ante la Muerte severa y fuerte; ante el sér humano vuelto cadáver; los médicos, los graves señores representantes de la salud, huirían siempre derrotados, espantados, sin querer ver la última mueca del moribundo.

No satisfiso pues al estudiante la ciencia de curar.

Pensó entónces en el Derecho. En esa rama de las ciencias vió un campo más amplio. Las leyes, formuladas y aceptadas por el hombre desde que tuvo en el globo a quien asociarse o con quien luchár la primera fruta, continuarían siendo las dominadoras del mundo. El Código,

un simple libro sério y lacónico, continuaría ordenando y enfilando a las colectividades tan solo con su lengua fría e imperativa.

La Ley abrazaba todo en el planeta; desde la planta o el arbusto, desde el detrictus y la roca hasta la especie orgánica mejor organizada e inteligente.

Y esa ciencia antigua, manejada tan brillantemente por dos grandes pueblos históricos,—Grecia y Roma,—ganaba cada vez, más en expansión y poderío, asesorada como se hallaba ahora por dos factores científicos de la moderna civilización: la Antropología criminal y la Sociología. La primera estudiando al hombre en sus orígenes, en su organización anatómica en relación con sus máculas morales; y la segunda, en sus costumbres y relaciones con los demás hombres en las diversas épocas y pueblos.

Esa luminosa trilogía era en verdad la gran palanca inflexible que dirigía la constante evolución de las sociedades hacia el triunfo del Bien y de la Justicia.

Verdad también que aquel antiguo Derecho, que por medio de un verbo elocuente salió un tiempo de boca de los filósofos griegos y de los tribunos romanos, había venido muy a ménos en los presentes días jactanciosos de nuestra civilización; verdad que aquella antigua profesión del Abogado tenida por noble porque en verdad lo era,

había venido a caer posteriormente no ya en la oblícua lengua de los sofistas, esos temibles enroscadores de la verdad; sino también en manos de los « prácticos, » de los que habían hecho del Derecho un mercantilismo grosero; no ya sosteniendo tésis y robusteciendo doctrinas sospechosas, sino atando hilos de especulaciones vulgares propias de cualquier mercader.

Pero en el fondo, esa ciencia tenía una densidad incontestable; no se jactaba de hacer bueno al hombre pero sí de corregirlo, de guiarlo y llevarlo lentamente triunfante camino de la perfección, por la senda del progreso; derribando vetustas costumbres y obstaculizadores prejuicios, hasta colocarlo sobre un mismo nivel ante los poderosos y ante la ley.

En esta rama del saber creyó encontrar, pues, su vocación el estudiante, y a ella entregóse con verdadera fé y entusiasmo.

XXIII

FÉLIX terminó satisfactoriamente su curso de Derecho, lo que le valió obtener sobre el respectivo diploma la distinguida mención de *sobresaliente.* Y en una casa de pensionistas de la calle de « Candelaria, » celebró entre los compañeros del curso y uno que otro amigo metropolitano, la *última batalla* librada en las aulas, como la llamó él mismo en un entusiasta brindis.

Ya fuera de las aulas, vino para él una nueva lucha. Si antes había tenido que sostenerse batallando rudamente, cuando estudiante, para amoldar las tiranías de muchas escaceses con la obligación de hacer sus estudios, ahora se veía como lanzado al mundo, solo y pobre, con un título únicamente por dinero en el bolsillo y cargado su cerebro de principios e ideas brillantes y gene-

rosas de tanto libro bien escrito; pero que en lo adelante se daría cuenta de cómo eran de impracticables muchas de aquellas sus enseñanzas.

Principió para él la lucha profesional. Esa candente arena del foro en la cual debía ir a combatir con un denso grupo de hostilidades: el abogado contrario, sostenedor de opiniones también contrarias, vaciadas en una buena o mala dicción o cubiertas con el velo de sutilezas asaltantes; el Juez de la causa, rutinario y pesado, con impacibles orejas de mercader para no escuchar con interés alguno el derecho alegado, por más que fuese producido en informes doctrinarios y elocuentísimos; la propia parte o partes representadas en juicio, que no ven sinó, la una un enemigo en el abogado contrario; la otra un artesano o jornalero pagado para que gane a todo trance sus controvertibles intereses; los Secretarios, los testigos y hasta los alguaciles, que siendo ruedas importantes del mecanismo judicial, ruedan pesadamente, desganadamente, como ávidas de un aceite lubrificante que les haga más rápido su perezoso movimiento; y por último, como lucha casi siempre final y desconsertante, conseguir no ya expontáneamente sino a la fuerza, que el cliente representado remunere en lo que vale el trabajo mental forense, acabando por no pagar esa labor árida y espinosa sinó con lo que calculadamente le plugo a su capricho.

Después de algunos años, el estudiante, sensitivo al principio, con mucho de soñador y de poeta, nó porque hiciese versos, sinó porque en su alma cabían todos los matices de lo bello y todas las impresiones del Arte, llegó a ponerse taciturno; la brega profesional, la labor escabrosa de combatiente, por sacar del intelecto y del verbo el efectivo modo de vivir, le habían secado ya el jardín de su alma. La frase seca y la dicción lacónica del Derecho, habían sustituido por entero a la dicción dúctil, fresca y sonora de la amena literatura y de la elegante rima.

La costumbre a las litis venían dejando en su alma algo así como un sedimento de acritud, de menosprecio por todo aquello que no fuera el sofisma produciendo dinero; y su espíritu, blanca flor de idealismo antes, caía ya entumecida, marchita, por el cálido soplo del debate, siempre punzante como una rama de cactus.

Antaño, cuando entusiasmado empezaba la senda de las lètras, cuando la flor de su alma estaba abierta como en eterna primavera, soñando con la Bondad y la Belleza, íbase a paso tranquilo y lento por los lugares más vistosos y atrayentes, aquellos rincones que él hallaba más poéticos, y de los cuales era casi toda Guayana un verdadero búcaro.

Ibase solo y satisfecho a impregnarse de poesía, pensaba, ya en la larga riba del Orinoco, el

río gigante y seductor que rumoraba al pié de la granítica ciudad fundada por Moreno de Mendoza; ya a las alturas o montículos verdinegros y escabrosos que circundaban la calurosa urbe.

Entonces su imaginación, diluíase en fantasías de poeta, y cual otro artista del pincel trazaba en su cartera el paisaje que quedaba a sus plantas.

Ya era una soberbia puesta de sol tomada en admirable conjunto, apreciada de lleno desde el ángulo saliente del alto malecón que bordeaba el antiguo puerto de « Los Cocos.»

—En el fondo y detrás de la lejana punta de Orocopiche, el rojo sol, ocultándose lentamente como un inmenso globo de fuego que descendiera a incendiar la obscura ceja montañosa y a cambiar en tinta roja las aguas.—Desde el confin lejano el ancho río, reflejando en la tersura de sus aguas el policromo paisaje de los cielos a la hora del crepúsculo.—A la izquierda, la costa arqueada y verdinegra, recubierta de pajares inmensos y de montículos sombríos; y haciendo frente a esa gran curva, la isleta pedregosa del « Degredo,» sola y libre como una inmensa gaviota en medio del empuje de las aguas, ostentando su silueta roqueña recubierta eternamente de verdor, y en donde una pareja enamorada podría vivir en una inacabable floración de amor.

Otras veces era un paisaje de primavera tomado al paso desde alguna de las colinas más atrayentes que daban frente al rumoroso río.—La extensa laguna ya medio seca, rodeando por el naciente a la vieja ciudad cálida y taciturna; inmenso campo paludoso que encierra en su vientre fecundidades de vida y elaboraciones de muerte. Vasto jardín donde los numerosos cuadros de verdor de la paja y de los borales a flor de agua, hacen contraste con los negros terronales áridos que vá dejando el quemante estío; mientras que a grandes trechos, junto con el ganado cabizbajo que pase escasa yerba, y los obscuros manchones de cuervos y aves de rapiña que allí encuentran opípara mesa de desechos, hace gala también alba región de garzas en actitud hierática y de canto doliente, cuyos arqueados cuellos parecen interrogar al infinito por muchas penas interiores; aves blancas y melancólicas que vienen de muy lejos a posar sobre el pantano su tardío vuelo.

A la espalda la gran mancha sombría de la arboleda de las quintas cercanas o *morichales ;* en cuyo follaje opulento canta constantemente la brisa su vaga serenata.

Casi al poniente, el gran rectángulo grisiento, mansión de los seres que se fueron por siempre, y donde al lado de los ricos mausoleos y de las humil des tumbas, ostentan por igual su esplendorosa blan-

10

cura los amapolas florecidos, y muestran su oro vivo los claveles funerarios.

—¿Por qué, terminaba el poeta solitario, interrogando a la Primavera en uno de sus cuadros; ¿por qué pasas fugáz por nuestra vida y no vuelves a nuestra marchita alma?

—¿Por qué dejas mustiar nuestros jardines interiores y después que te ausentas sólo nos quedan las punzantes espinas del recuerdo?

. . . .

—

XXIV

La vida profesional llevó a Estrada en accidentado viaje desde Caracas hasta el interior del Estado Bolívar, al conocido Yuruary.

Iba también como otros tantos a probar fortuna en aquella halagadora región del oro, a donde habían entrado millares de ilusionados y de donde habían salido luego gran número de fracasados y de fallidos. Esto, en aquellos buenos tiempos; veinte años antes.

Peor debía ser ahora, cuando ya la población había venido a menos; la industria minera postrada, en absoluto decaimiento; los negocios mercantiles flotando sobre capitales escasos o bajo las amenazas de improrrogables vencimientos.

Cosa particular y propia de las comarcas cuya riqueza consiste en minerales: desaparecen éstos

por la extracción asaltante de sus canteras y junto con el metal que se vá, también se van los explotadores. Las comarcas se quedan vacías y el oro pocas veces deja el trazo de por donde tomó la partida.

Casi un año después de permanencia en la comarca, y una noche del mes de setiembre, el recién graduado llegó a tomar posada en una de las varias fondas del camino que va de Upata a Guasipati.

La jornada había sido larga y penosa, pues había llovido desde el amanecer, y ya al caer la tarde apenas se oreaba la montaña con el baño de luz pálida de un sol desteñido y sin fuego que se ocultaba en el ocaso tras nubarrones plomizos.

Entró la noche y la senda se cubrió de tinieblas; pero había que marchar, que seguir, hasta encontrar albergue en alguna parte.

Un lejano farol anunció al viajaro el deseado reposo, y hacia el gran punto amarillente apuró el paso de la fatigada bestia.

Estropeado, humedecido de piés a cabeza, sudoroso y con hambre, ni aûn la ordinaria pero abundante cena de la fonda, pudo traerle plena reposición y descanso a su sacudido organismo.

Así que después de haber comido y de aber esperado bajo las azulosas espirales de un buen tabaco, los primeros ratos de la digestión, fuése a bus-

car mejor descanso en su fresca ahamaca donde esperaba disfrutar de un sueño generoso y reparador.

En el extremo del largo corredor tres individuos hablaban con viveza:

—Pues sí, mi General: es lo que usted debe hacer, dijo una voz alegre y joven.

—Ya lo creo. Yo no vine aquí a pasear; el Jefe me manda aquí, con el mando en la mano para que me haga a unos reales, y arregláo.

—Lo mismo haría yo, insinuó un tercero; cuando me meta a la política es para robarme unos reales.

—Y arregláo, reafirmó el General sentenciosamente.

Estrada, que desde su hamaca oyera este edificante diálogo, quedóse pensando, valorando el criterio de aquellos servidores públicos que probablemente habían estado en Caracas suplicando o intrigando un empleo, para después venir al amparo del Gobierno que los honraba con su confianza y les encareciera rectitud, a hundir en las carnes del pueblo las afiladas uñas de todas sus descaradas especulaciones.

A poco callaron, y el viajero creyó oirlos retirar a sus dormitorios.

Imposible le fué lograr el descanso solicitado. El sueño no aparecía; había huido en absoluto

de sus párpados yá cansados; y ahora el insomnio, el terrible fantasma de los temperamentos nerviosos, era el que azotaba sus sienes.

Una, dos, tres horas largas sin poder conciliar aquel deseado sueño reparador, y yá era la madrugada sin que asomase por parte alguna el alado sedante, a marchitar siquiera aquel desvelo, aquella tenaz sobrexcitación cerebral. La fatiga, el organismo fuertemente sacudido en la última jornada y una laboriosa digestión, hacían en el viajero su estrago aquélla noche.

Cantó un gallo cercano, cantaron dos un poco más lejos, luego otros más lejanos, y así se fué expandiendo por todo el monte el canto de las aves horarias.

Era el *primer canto* de los gallos, avisador de la una después de media noche.

La luna, una faz de luna en menguante, achatada y clorótica, empezaba a asomar por entre el monte, bañando con ténues livideces las copas de los árboles y los raquíticos arbustos de la huerta.

A poco oyóse el lejano ladrido de unos perros.

—Gente que viene, pensó Félix; aunque era extraño que a aquella hora viniese nadie por los caminos.

Las jornadas están trazadas, delimitadas de sitio

a sitio, y sólo algún perdido o víctima de algún accidente, llega a deshoras a tales sitios.

Unos perros ladraron más cerca.

—No hay duda, dijo el insomne, parándose, es gente que se acerca.

Y prendiendo un cigarrillo, esperó mirando hácia la ténue claridad de afuera por el sesgo de una puerta entre abierta.

A poco se oyeron unas voces, ruido de cascos que venían en dirección de la posada y la consiguiente algazara de dos mastines que enbestían como a comerse a los recién llegados.

Don Manuel, el dueño de la fonda se levantó en seguida, salió al patio y los transeuntes que yá se habían apeado, lo saludaron cortezmente, un tanto secamente sin ninguna familiaridad de esas que emplean los viajeros acostumbrados a llegar a posadas yá conocidas y de las cuales son casi siempre huéspedes.

—Adelante, señores: dijóles Don Manuel.

—Desensille esas bestias y organícelas, Quintín; ordenó en seguida dirigiéndose a uno de los sirvientes.

—Ustedes, agregó, hablando a los huéspedes, como que salieron haciendo de la noche día, ¿o es que vienen perdidos?

—Ni lo uno ni lo otro, contestó uno de ellos, al parecer el más caracterizado.

—Nadie se pierde en un camino que es una calle, y esa calle la conozco yo desde hace veinte años. Sólo un accidente, agregó, de poca monta pero siempre engorroso nos pudo retrazar mucho la marcha.

—¿Se le despeó la mula?

—Nó; el paso de Carichapo estaba más atascoso que de costumbre; el macho de Jacinto, mi asistente, se atolló varias veces, se mojó él y se embarrialó hasta las orejas junto con el macho; y luego entre el arreglar y el limpiar, cuando salimos a lo seco ya se nos había metido la noche; y como no era de nuestro gusto dormir sobre esos terronales.... aquí nos tiene usted ántes que el alba.

—Capacho! exclamó el posadero; de manera que vienen ustedes a lo enmascarado; todos tiznados y a media noche?

—Mi asistente y su macho, su servidor nó.

El posadero hacía alusión o recordaba a los ladrones disfrazados de San Francisco de Tiznados, de quienes él había oído hablar en el Guárico, y quienes al decir de antiguas crónicas, quedaron saliendo después de la guerra larga por los caminos de aquella comarca, arrancando la bolsa o la vida a los desprevenidos caminantes.

De allí le había quedado según la leyenda el sobre-nombre de Tiznados al pueblo del santo de Asís.

Y este don Manuel López, dueño de la posada, era el mismo ex-cura López, padre ahora de numerosa familia y quien habiéndose internado también a la región minera en busca de fortuna, había tenido que salirse a poco con los bolsillos vacíos y víctima de las fiebres; y apenas si para aquella fecha había logrado quedarse allí en la mitad de la senda que iba hacia el Orinoco, a la vera del camino, haciéndole frente a un pequeño negocio de pulpería, donde al pasar de los años transformóse en otra especie de padre, muy distinta a aquella a la cual perteneció haciendo voto de castidad.

Y el antiguo bohío miserable del camino del oro, era ahora el posadón bien aprovisionado y mejor servido que se conseguía en la ruta.

Terminados aquellos párrafos truhanescos cruzados entre el posadero y el recién llegado, los transeuntes se dieron a la tarea de tomar puesto para sus colgaduras; miéntras que don Manuel se iba a la cocina a ordenar hiciesen café a aquel señor que parecía ser «perro gordo,» según su frase frecuente de avalúo.

Luego de tomar su café, los pasajeros se acomodaron; don Manuel apagó el candil de

kerosene con que había salido al recibimiento, y Félix, el astiado imsonne, como si los nuevos huépedes le hubiesen traído el sueño o algo que él esperase con ansiedad, entró luego en un apacible amodorramiento a favor del vientecillo fresco de la madrugada, quedándose dormido casi en seguidas.

Cantaron de nuevo los gallos, y poco después el silencio volvió a reinar en la fonda.

XXV

Al siguiente día muy temprano, los viajeros continuaban su marcha.

Ahora eran cuatro los de a caballo, porque el abogado, que debía seguir la misma ruta resolvió aprovechar aquella ocasión de compañía.

El y el caballero de la mula iban delante, apareados y conversando, detrás los asistentes.

Muy pronto habían entrado en relación amistosa, debido a esa cortés familiaridad que se establece entre viajeros que marchan juntos o siguiendo una misma vía.

—De manera señor Terán, que después de tantos años vuelve usted a estas regiones?

—Sí señor; ya usted lo vé. Mi permanencia en Méjico como le venía diciendo, no era muy es-

pontánea: era forzosa. La necesidad de hacerme a una mediana fortuna, a una posición mejor, para volver a mi patria.

Comprenderá usted agregó el que hablaba, que no deja de ser bochornoso volver uno a su tierra peor que como salió de ella; y después de tantos años de ausencia......

—Verdad es; sobre todo cuando se tiene familia.

¿La de usted reside allá adentro, en las Misiones?

—No sé....... tengo y no tengo allá familia; no sé.

Estrada volteó sesgándose en su bestia, para mirar de frente a su interlocutor.

—Debo confesarle, continuó éste que, puedo decir que la abandoné; hace ya unos veinte años que me alejé misteriosamente de esta región. Me fuí de Venezuela, y sin saber cómo ni de qué modo fuí a parar a una región minera de Méjico. Conocedor yo de esa Industria, busqué trabajo en una gran Empresa y lo encontré. Desde entonces mi residencia fué Guanajuato y mi nueva patria Méjico.

Algunas veces visitaba la capital; allí descansaba, me divertía, me rozaba con la cultura, me imponía por algunos periódicos de ciertos asuntos importantes de aquí, de Venezuela; entre

los cuales figuraban, dijo sonriendo, frecuentemente las Revoluciones; y dejaba allí en la capital, como para facilitar mejor su marcha, cartas para mi esposa, a quien había dejado en Occidente.

Jamás recibía de ella contestación.

—Y ahora vá usted sin duda a su regazo? le preguntó Estrada.

—Esa es mi idea. No sé lo que resulte; si la encontraré a ella; si encontraré los míos o si se habrán muerto todos....... No sé.

—Ah! no piense en eso; eso sería bastante doloroso.

El viajero de la mula guardó silencio por breves momentos, y como deseoso de descargar un tanto su mente de muchas cosas del pasado, dirigióse de nuevo a su interlocutor en marcha, y le dijo:

—Voy a contarle a usted algunas páginas de mi vida; y me dirá usted si son curiosas.

—Ya que usted me hace su confidente, para mí es mucho honor.

El viajero hincó a la mula con las espuelas para forzarla a subir una pequeña cuesta pedregosa; lo mismo hizo el compañero interlocutor, y una vez apareados de nuevo, el repatriado empezó su interesante relación.

—Mi verdadero nombre es Luis Peraza; y si le había dado a usted otro distinto, es porque he querido entrar de incógnito ahora a mi vuelta a estas comarcas. Me guardará usted el secreto como buen compañero?

—Oh! no tengo interés ninguno en descubrirlo, y puede usted contar con la reserva.

Y el viajero contó entónces su venida a aquellos lugares desde tiempos yá muy remotos; cuando el movimiento e incremento de las exploraciones mineras servían de poderoso imán a nacionales y extranjeros. Cuando se ganaba el oro a puñadas sin mayores esfuerzos y cuando así mismo se arrojaba de los bolsillos invirtiéndole en las cosas más fútiles.

Refirióle de cómo se apoderó después de él, la locura del juego; de cómo no pensó ya en trabajar, pues le había cogido aversión a toda labor; y de cómo iba olvidando paulatinamente sus deberes de marido correcto para con su cariñosa esposa, a quien había dejado sola y esperanzada con una nueva suerte allá en un pueblo atristado de Occidente.

Contóle de cómo, por una aberración del destino o por una venganza de su suerte, había llegado a perder en una noche una cuantiosa suma de dinero; y de cómo en fin, bajo el terror de esa pérdida y el aguijón implacable del

desquite, se le ocurrió ir a sustraer un dinero ageno.

—A robar! imagínese usted; a robar! repitióle con cierto asombro esta última frase a su interlocutor.

—Otros lo han hecho peor, amigo mío, en circunstancias semejantes; le objetó el compañero, como para atenuarle su emoción. Otros han matado y luego.....

—Han robado, sí; peroyo no nací para el crimen; jamás he matado ni un pájaro; tal es el sagrado concepto que tengo de la vida agena; y es por ésto que el robo, aún cuando inferior para mí al homicidio, me abochorna y me humilla. Y yo caí humillado, doblegado ante el peso de mi vergüenza; y en aquella noche de locura, recapacité un momento y escogí: entre perderme para siempre, desaparecerme en el mundo, a llevar sobre mi frente, antes muy limpia, el estigma de ladrón.

—En verdad, dialogó el abogado; ir a la cárcel por haber robado para jugar, no tiene excusa alguna ante la ley. Robar para comer, por hambre inaplazable e imperiosa, lo excusa acaso el Derecho Natural, porque el instinto de conservación es sagrado en el hombre y nadie podría arrebatárselo.

—Oh sí; pero mi acción, lo comprendí, no tenía excusa ni aún ante mi mujer; y por eso,

avergonzado ante ella, que aunque léjos, su recuerdo me golpeaba la mente; y avergonzado también ante las gentes que me rodeaban, resolví fugarme, huir a escondidas, confundirme en las tinieblas, apartarme de todas las miradas que sentía caer en mí como puñales afilados y.... por esta misma senda que hoy de nuevo vengo pisando, pasé yo bajo la noche oscura como un fantasma pavoroso.

El narrador había dado a la voz cierta sonoridad emocionante; y llevándose ambas manos a la frente, limpióse con su gran pañuelo a listas, las gotas de sudor que le chorreaban como gruesas gotas de agua.

—Pues en verdad señor, repuso Estrada, que lleva usted en su vida muchas páginas novelescas. Mas, qué quiere usted; esa es la vida: diez millas de descarrilamiento por una de marcha normal. Somos juguetes, fatalmente, de numerosas fuerzas desconocidas, que aunque las conociéramos, apenas si podríamos, con sobrehumanos esfuerzos de voluntad, oponernos a sus embates.

Usted a no dudarlo, fué un fracasado debido al medio social en que se movía; usted dejó de ser *el otro*, porque causales físicas —las ocupaciones, clima, alimentos, etc—y causas sociales— gentes que le rodeaban, hábitos y cos-

tumbres—del medio en que habitaba, así lo volvieron a usted. Y cuántos otros de su tiempo no correrían peor suerte que la suya! Usted lo ignora de seguro. Yo en cambio lo presumo, porque el hombre cambia de lugar a lugar y de un tiempo a otro tiempo.

El abogado dejó a un lado estas teorías sociológicas y continuó:

Pues sí; no se preocupe; ha tenido usted la grata emoción de volver a la Patria; encontrará usted a los suyos, si nó todos, a algunos que experimentarán la fruición de su aparecimiento; tendrá usted mucho que contarles y les llevará usted dentro de sí muchas enseñanzas.

Pero lo que sí debe extrañar mucho a usted y lo impresionará muy ingratamente, es volver por estas comarcas después de tantos años y encontrarlas que no son ni la sombra de sus buenos y lejanos tiempos. Pisa usted ahora sobre cenizas.

—Ah sí; y no alcanzo a explicármelo. Cuando me fuí, o mejor dicho, en tiempos de mi partida era tal el auge de estas comarcas, que se podía esperar como cosa natural, su gran adelanto, su efectivo progreso al cabo de diez años más.

No se imagina usted, prosiguió el viajero, cómo atravezando yo ahora ésta antigua carretera me

viene al ánimo una gran nube de desencanto. En aquel tiempo era tal el tráfico de gentes a pié, a caballo, en carros, en coches; tal la cantidad de enormes carros, de bueyes o wagones que traficaban conduciendo herramientas, maquinarias y mercancías, que se habló de la necesidad de un ferrocarril para dar abasto a los trasportes.

Al efecto Guzmán, mandó ingenieros, levantaron los trazos, figuraron luego en el mapa de Venezuela como líneas en construcción y luego.... no supe de ésto más nada.

Ahora a mi llegada al puerto creí haber tomado el tren en la mañana para ir a almorzar a El Callao, y ya usted vé.......

—Que llegaremos a eso, si acaso hubiere en esta ranchería, completó el acompañante.

Y enseñándole a la derecha, entraron por una corraleja abierta, hasta el fondo de un caserón de moriche, yá blanco, encanecido por las inclemencias del tiempo.

XXVI

Dos horas después nuestros viajeros se hablaban a la mesa tomando un deficiente y mal preparado almuerzo.

—¿Qué le parece a usted el *menú*, insinuó sonriendo Estrada.

—Lo que me parece es que mejor lo estaría tomando en un hotel de El Callao, si es que todavía los hay.

—Sí, efectivamente; pero para eso necesitaba usted haber llegado allá en el tren de las once, según lo decíamos hace poco.
El acompañante tomó un sorbo de café y con cierto aire pensativo agregó fríamente: qué país!

—Más no desesperance usted; puede que a su regreso de allá adentro haga usted su viaje rodando vertiginosamente por un enrrielado. So-

bre todo si tan gigante máquina de locomoción la oye usted describir por uno de tantos peroradores efectistas que suelen rodar por estas tierras.

Empiezan a hablar del progreso, de la riqueza territorial, de la « Patria del Porvenir » que será esta comarca en un futuro muy cercano y de no sé qué otras prosopopeyas patrióticas; y describiendo entónces ampulosamente el bello panorama del ferrocarril « próximo a instalarse » por todo el largo camino que vá hacia el Orinoco, acaba por sugestionar a los oyentes que aceptan cándidamente las calculadas fantasmagorías del orador.

Habrá dicho mentiras, pero halaga al pueblo y prestigia a las autoridades; todo lo cual conviene a sus vacías tragaderas.

—Lo mismo que antaño. Imagínese usted doctor, que una vez en el Congreso, un Diputado pronunció un discurso elocuentísimo; a tal extremo, que a cada párrafo, levantaba el entusiasmo de las barras y lo aplaudían estrepitosamente.

Habló de los triunfos del *Partido Liberal;* de los triunfos que producía el liberalismo universalmente; y representante como era de los pueblos del Guárico, habló soberbiamente del gran ferrocarril pampero; de aquella inmensa red, de-

cía, que como en Rusia, a travez de las vastas estepas, se establecería próximamente,—el año entrante,—y que se abriría en dos grandes ramales. Uno que iría a caer sobre la margen izquierda del río Apure, frente a San Fernando, para tomar allí los grandes lotes de ganado; y otro que se internaría hasta el corazón del gran Estado Zamora, en Guanare, donde se tomarián las ricas cosechas de la región para ser llevadas hasta La Guayra.

Al siguiente día se le presentó al diputado en su hotel, un caballero de levita.

—Señor! le dijo, inclinándose hasta el suelo; mis efusivas felicitaciones por vuestro discurso de ayer.

—Lo encontró usted bueno?

—Oh! aquello del ferrocarril es admirable!

—Cree usted que lo tracé bien?

—Soberanamente! tiene usted una alta facultad descriptiva cual otro Zolá.

Y al despedirse acercósele al oído y cariñosamente le dijo: ¿tiene usted ahí dos bolívares?

El diputado llevó la mano al bolsillo, depositó el óbolo exigido sobre la descarnada mano del petardista, y quedóse pensando si sería cierto aquello de ser él un narrador de la talla de Zola.

Estrada rió con la más espontánea carcajada, y refirió a su vez cómo, en una noche de perorata patriótica, en uno de aquellos amodorrados villorrios, el orador trajo a referencia el manoseado e imprescindible recurso de la vía férrea, como señal de progreso que tendría muy próximamente la Comarca. En aquellos momentos en que el auditorio veía llegar la locomotora como que yá les caía encima, una de las señoritas presentes, le decía a otra en voz baja:

—¿Ya lo oyes? Dentro de dos meses. Tenemos que alistarnos, mijita, con unos trajes nuevos para llegar a Bolívar.

—Díselo a Tomasito; él te acompañará sin duda.

—Ay!, no me digas; eso sería delicioso. Imagínate, un viaje de novios en ferrocarril como aquel que leíamos en aquella Revista.

Y cuando el orador bajó de la tribuna, el Jefe Civil lo estrechó efusivamente por su elocuente verbo de « vida y de progreso. »

—Carambola! exclamó su interlocutor echando al aire una bocanada de humo.

Los pasajeros se habían quedado a la mesa hablando entrecortadamente bajo la modorra del sol; y Estrada se complacía en tirar restos de pan a dos pobres perros famélicos que a pesar de las varias corridas que les había dado la due-

ña de la casa, habían resistido y porfiado hasta lo último, ante las generosas regalías del recién llegado.

Momentos ántes, cuando en círculo de aspirantes, los pobres canes habían rodeado en la mesa a los pasajeros, la mujer de la casa le gritaba a una criada, que corriera a esos animales; que les diese látigo por desacreditadores y haraganes.

Pero los canes resistían, poniendo orejas de mercaderes a aquellas inoportunas recomendaciones, ante la perspectiva de un hueso o de una fresca migaja de comida.

—Nunca he podido aceptar, insinuó Estrada, este comportamiento con los perros. Los mejores amigos del hombre tratados tan brutalmente mal. El primer animal socializado por el hombre; el que le fué más útil desde aquella primera edad en que vivía en las grutas y en las selvas; y es apenas ahora, bajo dos siglos de civilización, que el hombre culto ha venido a apreciar en lo que vale tan magnífico eslabón de la escala zoológica.

—Verdad; dijo el comensal, yo tuve uno que me acompañó más de once años, casi toda su vida, y nunca lo ví variar de sentimientos. Siempre tan afectuoso, tan inteligente, tan noble! Cuando murió le mandé a cubrir sus restos

mortales con una lápida, y le mandé a poner esta inscripción: «A mi mejor amigo.»

—Cuánta abnegación, cuánta cultura de su parte! Y en verdad que ese animal se lo merecería, porque hay perros que valen por muchas gentes. Por sobre todo los animales saben cuánto vale el cariño; esta virtud del alma que nos obliga en ciertas ocasiones a dividir el afecto.

Saben ellos devolver ese afecto con su eterna jovialidad, con su eficaz atención, con su incansable vigilancia, con su nobleza caballeresca, capaces de morir allí donde el amo también cae muerto; y jamás han aprendido de la volubilidad, del engaño y del cansancio de querer, esas tres entidades morbosas que afectan el corazón de los humanos.

—Por lo visto, amigo Estrada, que hace usted magistralmente la apología de los canes; pero advierta que allí viene de nuevo la muchacha con el látigo y usted no vá a poder defenderlos.

Y sacudiendo ésta el rejo largo y delgado, gritaba:

Perros! Perros sinvergüenzas! Como que están muertos de hambre!

Y aquellos pobres animales, macilentos, desmirriados, con toda la armazón ósea delineada

a traves del arrugado cútis; rabi-caídos y suplicantes, se marchaban taciturnos, forzosamente, a hundir su implacable debilidad en cualquier rincón polvoriento de la casa.

El compañero del doctor sacó el reloj y dijo:

—Ya tenemos las tres. Jacinto, eh! A ponerse en marcha, traiga las bestias.

Minutos después los viajeros tomaban de nuevo la carretera larga y sinuosa, mientras Estrada se volteaba en su bestia para dirigir una mirada de odio a aquella fonda de la miseria donde trataban tan mal a los perros y a la gente.

XXVII

Aquí en este paso, como en muchos otros de más atrás debiera haber un puente. ¡Quién lo creyera que estas mismas hondonadas las dejé yo ahora veinte años!

Ah! Si usted viera en Méjico, mi amigo doctor, cuánto ha venido progresando materialmente aquel país? No hay camino de sitio a sitio, de poblado a poblado que no sea una vía pública bien abierta; anchas, duras, parejas.

No explico, cómo ese puerto de San Félix, por donde pasó el oro a montones, se ofrezca hoy a la vista como un enfermo harapiento, como un suplicante solitario que llorara sus melancolías a la riba de un río muerto.

—Sí, de un río muerto, dice usted bien, replicó Estrada.

Viniendo del mar, de fuera de la Patria y entrando por cualquiera de las bocas de ese anchuroso río, recibe uno la misma impresión que recibieran hace ya cuatro siglos nuestros conquistadores. Aún se vé al indio, nuestro indolente abuelo, desnudo en su cayuco con la flecha al brazo, como toda notación de vida en la costa selvática; y esa inmensa arteria fluvial que debiera estar surcada por millares de buques de diversa construcción y procedencia, como palpitante símbolo del progreso, apenas si es atravezada entre días por uno que otro botecillo humilde o por algún barco o vapor de segunda clase con alardes de trasatlántico.

—Y lo peor es que según parece, no hay que contar con otros.

—Ni habremos de tenerlos jamás, a ménos que....

Un chubasco que se acercaba rugiendo por la cumbre de la montaña puso punto final a este diálogo.

Ocupáronse incontinenti en desenrollar sus cauchos de viaje y en procurar calárselos, pues el viento soplaba fuertemente metiéndoles los hilos de gruesa lluvia por los ojos y por el cuello, no obstante que bajaban la cabeza cuanto podían.

El agua caía cada vez con más fuerzas; el

chubasco, uno de esos ciclones de salidas del Invierno, acrecentaba su furia bramando entre los árboles del bosque.

El trueno retumbaba como enorme bola de bronce arrojada de cerro a cerro y de monte a monte. En el camino, los chorrerones de agua corrían impetuosos a hundirse en los grietales o a desembocarse en las hondas farallonadas.

Las bestias se veían obligadas a acortar el paso; y bajando la cabeza y amusgando las orejas trataban también de escapar al látigo de la lluvia.

Nuestros viajeros dejaron de ir apareados; el desigual paso de las bestias los hizo marchar entónces uno tras otro; y no pudiendo continuar la conversación, prosiguieron la marcha cabizbajos y resignados por la senda cubierta de aguas turbias.

XXVIII

Buenas las hemos tenido! mi dcctor, exclamaba el caballero acompañante, cuando después de una hora larga, calmaba por completo el chubasco y sólo habían quedado cayendo unos largos hilillos blancos desde el azul obscuro de los cielos.

—Ningún refresco más grato, repuso el abogado.

Y acortando ambos el paso de sus cabalgaduras, esperaban que se acercacen más los asistentes, que venían un tanto retrazados, debido a no dudarlo al peso de las maletas y de sus cobijas totalmente empapadas, que aumentaban ahora la carga de los pobres mulos medio entumecidos de frío.

—Y bien, Jacinto ¿Como que te has mojado un poco, que vienes destilando agua?

—No señor, contestó el peón comprendiendo la broma, fué que *tomé un sudor* esta mañana.

El asistente del doctor se apeaba mientras tanto para apretar la cincha de su bestia.

Caía ya la tarde. Después de la tormenta, el sol desde el ocaso, empezaba a clarear con luz bastante pálida la cumbre de los montes y los lejanos peladeros gredosos de la carretera.

A lo léjos en un recodo de la vía, asomó un pelotón de animales. Era una récua de burros que agobiados de carga venían jadeantes conduciendo planchas de balatá.

—Vaya hombre! exclamó uno de los viajeros: que al fin veo una notación de vida, de comercio, en tan largo camino; pues desde esta mañana ni siquiera un alma!

—¿Qué piensa usted agregó el que hablaba, acerca del cambio tan desconsolador de estas comarcas; de esta situación de penuria en que me dice usted se encuentran actualmente?

—Y se encontrarán por muchos años, contestó el doctor; pues juzgo que lo que aquí existió y aún puede existir es una riqueza ficticia. Las riquezas del subsuelo, como las canteras, las minas, los yacimientos, son riquezas muy caras porque necesitan de grandes capitales, de otras tantas minas de moneda corriente para poder explotarlas y traer esas riquezas a la superficie.

Luego, ese oro bruto, en lingotes, en cuarzos, no hace sino marcharse en cajas tapadas y selladas para ir a ser fundido muy léjos, y de donde no ha de volver jamás; a menos que nos lo devuelvan adulterado en prendas enchapadas y baratijas.

Prueba de ello, que hasta el famoso filón aurífero de El Callao, tendió a agotarse, quedó perdida su larga proyección bajo las aguas filtradas, allá adentro en el corazón de la tierra. A tal empuje llegó allí la poderosa explotación de esa riqueza fabulosa; y vaya usted a ver si quedó arriba, a los ojos del paseante, algún buen edificio digno de las gentes de pró por cuyas manos pasaban los lingotes del valioso metal.

Verdad que hubo entónces bastante dinero circulante, y tenía que haberlo para atender al pago de empleados y de obreros, a los fuertes gastos de movilización de herramientas y de maquinarias; pero éstas sumas invertidas no compensaban en casi nada las enormes salidas de oro del Territorio.

En cuanto a las pequeñas explotaciones, la de barrancos y lavados, que dán sólo lentejas de oro, apenas alcanzaba para la vida diaria de los explotadores; y como usted mismo lo

recordará, los más afortunados, cuando hacían algún buen acopio por un golpe de fortuna, como aquel que en Cicapra se encontrara una fanegada de cochanos, muy pronto de esa fortuna se deshacían; en el juego. en la bebida, en la bacanal en fin, de aquellos recordados tiempos de imprevisión.

Se fué el oro y con él empezó también el éxodo de las gentes. Quedó forzosamente un revuelto sedimento de los incapaces para emprender la vuelta, que fué lo que sirvió de raíz a los actuales pobladores; y estos han continuado viviendo ficticiamente con la ensoñación del oro que se fué y del que esperan qué vendrá a flor de tierra. Gracias a la virtud reproductora de la mujer, estas comarcas permanecen aún habitadas; la familia creadora, el rebaño humano se sostiene apenas; hace precariamente la vida esperando un resurgimiento que tarda y que no aparece. Y si aún la tribu conservadora, el clan histórico no ha emprendido también la partida, no es porque en sus almas no viva latente la ansiedad de un más allá, de un oásis mitigante de sed de progreso y de civilización. A veces sueñan con situarse siquiera a la riba del anchuroso Orinoco o frente a la costa del mar, para respirar aires más puros y mirar horizontes más amplios; pero los raigámenes del terruño son largos y fuertes, la es-

casés de recursos es un racero que corta a todos por igual; y no muy agradable y fácilmente deja el hombre, abandonado el lar que le produjo una escasa pero segura cosecha, o la pareja rumiante domesticada que le proporcionó un tazón de leche, por irse más lejos a plantar su hogar.

—No opino como usted en cuanto a lo ficticio de la riqueza minera; en todo país una mina es un favor concedido por la naturaleza a los pueblos moradores. En todo país, esa riqueza de la tierra queda representada en otros capitales: en edificios, fábricas, empresas industriales de diverso género, locomoción moderna, electricidad aplicada etc. Los grandes impuestos que pagan las empresas vuelven al pueblo, a la localidad, a la comarca, en obras de utilidad pública, en bien procomunal.

Entre nosotros, bien lo sabemos, esa riqueza del suelo se agota y desaparece; poco deja su equivalente en metálico; porque, o se marcha éste al extranjero, o el resto que se queda no se le descubre en ninguna parte convertido en beneficio colectivo.

Se vá, se vá el dinero; y las cuencas del oro quedan vacías, desentrañadas, y hasta la sávia y la semilla de los árboles se van a fomentar la Industria en otra parte.

—Bien, todo eso que usted narra, también es cierto; pero en definitiva volvemos al mismo resultado: que ya sean unas causas u otras muy diferentes, suficientes han sido siempre todas para que entre nosotros no se deba considerar a las minas como una riqueza efectiva.

Efectiva es la riqueza que a flor de tierra labora el hombre con sus manos; efectivo es el surco que abre, la tierra removida, la semilla que germina, la planta o el arbusto que crece, y luego la cosecha que produce.

El fruto, el sasonado fruto que alimenta, que nutre, que ha dado vida al hombre desde que apareció sobre el planeta.

La agricultura, primera faz de civilización del hombre; que antes marchaba errante, amamantando su rebaño humilde, ya cruzando el cálido desierto o la fría estepa, en busca de refugio contra las pestes y contra la invasión del enemigo.

La agricultura, la creación del pan! que surgió un día cuando cansadas yá las tribus, el rebaño humano, de andar eternamente persiguiéndose y destruyéndose, se detuvo a la orilla de un gran río o a la falda de una umbrosa montaña, para plantar allí definitivamente su tienda trashumante, y elevar en medio del descanso, una plegaria a Dios.

Oh! sí; la agricultura que fija el hombre a la tierra, que lo liga al terruño, a la comarca, que lo enseña a hacer conservador de su trabajo y amante de la paz del alma.

La madre de las industrias, como ha sido llamada por los mismos Economistas, y que será la única que podrá sacar victoriosa en un día no lejano a estas regiones del pesado abatimiento en que se hallan sumerjidas.

—Diríase, interrumpió el viajero acompañante, que todo el oro de esta región hubiese ejercido su venganza.

—Oh! sí; es el oro que se venga; es el oro que tomó la revancha contra la sed insaciable de los explotadores; infiltrándoles como lo hizo en otro tiempo, a unos la fiebre y la espantosa tuberculosis, cuando bajo las galerías obscuras y malsanas, se apiñaba el tumulto humano para extraer desaforadamente aquella rica entraña de la tierra; y cuando arriba, en las tabernas y lupanares, infiltraba de vicios y escorias morales a multitud de corazones jóvenes y de cerebros fuertes.

Es el oro, vengándose de los sonreidos de la fortuna y dejando a muchos de ellos inservibles: a unos, locos, por la obsesión de los grandes negocios; a otros, arruinados después de haber sido los reyes del capital; algúnos otros,

dejando al morir copiosa herencia para servir de intransigencias y de odiosas litis a los despreocupados herederos.

Luego esa venganza se abrió en circunferencias concéntricas como las ondas de una piedra que cae a un pozo; extendióse hasta los poblados lejanos, hasta los sitios apartados, y ahora aparecen esos sitios y esos poblados, solitarios y miserables, caídos en un sopor profundo, el sopor de todas las escaceses; y por sobre los techos de sus derruidas viviendas, y en el aire tibio de sus desoladas calles, aletea el soplo de una tristeza infinita, algo así como la melancolía de los camposantos.

La eterna historia: el capital vengándose cruelmente de los poderosos, a la mitad o al fin de la jornada de la vida. Que así como muchos grandes monarcas, dueños de vidas y haciendas iban a morir desterrados y solitarios en el exilio o en una isla desierta; así también ahora en la época de los grandes millonarios, la mayoría de ellos caen derribados al peso del insomnio, de la dispepsia o de la parálisis, estas tres resultantes fatales del agotamiento nervioso que sufre el hombre moderno.

—Por fortuna insinuó el interlocutor, que ahora se desarrolla una nueva industria, según se me informa, la de la explotación del balatá, esa otra riqueza natural que sustituirá a la yá des-

aparecida. Gran valor adquiere ese producto, contínuo, y yá Venezuela impone mercados de esa prducción en el extranjero.

—Otra riqueza inmensa! exclamó el de las teorías económicas, pero otra fuente de riqueza llamada a desaparecer. Es el desmonte bárbaro, sin regla y sin método; es algo así como la horda famélica que entrara a talar ubérrimas arboledas para desvastar el fruto. Es otra sed de oro, derribando árboles seculares para beberse su savia, y luego crear al lado de los campos eriales, la angustiosa sequía de los ríos y de las vertientes. Es la implantación de los largos veranos agotadores de fuerzas y productores de pestes en los rebaños.

Y luego, ¿dónde queda en cambio, la señal bienhechora de esa riqueza?

El empresario, llegando en ocasiones hasta la quiebra, por falta de braceros o por lo exagerado de los avances. Los trabajadores, cayendo los más, los que no huyen de la insalubre labor, bajo el peso de la miseria fisiológica; con sus cuerpos desfallecientes por falta de alimento nutritivo; con la sangre vuelta agua y con sus rostros cloróticos y sus abdómenes abultados, por donde pasea el paludismo sus agresivas legiones triunfantes.

Pocos, muy contados, son los que se benefician a manos llenas de esa halagadora nego-

ciación; a no ser, en primer término, el alto comerciante, el poderoso intermediario que en cambio de sus mercaderías compra el producto y lo revende a precios fabulosos en los mercados extranjeros; y esa otra lucradora de todas las industrias, la señora Renta pública, que.....

—Su pesimismo doctor, lo encuentro un tanto exagerado. Ha venido usted sembrando unos cuantos desencantos en mi espíritu, y le confieso que todas esas cosas me enferman.

—Ah! lo lamento; qué se vá a hacer. Ha tenido usted la resolución de volver a su patria, que seguramente la creía usted próspera, y se ha encontrado con una triste realidad. No es mía la culpa; y yá verá: ya verá ese otro pueblo que después de esta vuelta del camino encontraremos dentro de poco.

A lo lejos se vislumbraban los techos grisientos, el color plomizo del zinc que resguardaba las moradas de la pequeña aldea de Guasipati, tendidas sobre el campo arenoso como una legión de gaviotas.

Entraba ya la noche, y los cocuyos cual instantáneas chispas eléctricas proyectaban dentro del monte sus puntos luminosos.

Hácia el fin de la carretera una que otra luz amarillenta de algún farol ennegrecido, aparecía

para ocultarse luego según el sesgo que en la vía tomaban los viajeros.

A poco entraban por una de las calles anchas y arenosas del apacible pueblecillo que a las primeras horas de la noche y bajo una calma conventual parecía yá dormir en profundo reposo.

XXIX

Las consideraciones económicas y demás apreciaciones de otro orden hechas en el camino por nuestros locuaces viajeros, aparte de ser ciertas, si pecaban de pesimismo era por un exceso de sinceridad.

Cuando se quiere a la patria, cuando se desea el bien de la comarca, cuando el hombre no olvida el terruño donde un día retoñara la flor de sus afectos, señala con amargura los defectos de esa tierra, sus inclemencias, sus mesquindades y sus flaquezas; pero es a fuer de ser sincero, de desear interiormente el cambio o total desaparecimiento de esos inveterados vicios que la enferman, o cuando menos la mejoría de sus males.

Señálase la úlcera y si no se puede curar, sábese a lo menos qué parte del organismo afec-

ta, las causas que la produjeron y cuál sería el mejor cáustico para quemarla evitando la gangrena.

No así los que sabiendo que esa gangrena cunde en el corazón de la Patria, ocultan sus úlceras; las cubren con albos mantos de frases poéticas y con guirnaldas de retórica; y asisten a la agonía de la gran enferma con la sonrisa en los labios y en los ojos la alegría, como quien asiste a un festín.

A ésto llaman patriotismo.

Nuestros viajeros pues eran sinceros y no se debía tomar por pesimismo la descripción que hacían de una larga época y de toda una colectividad social.

Que la ruina de esas comarcas era cada día más creciente, ésto era un hecho irrefutable.

Las fuentes naturales tendían a agotarse. Ya el oro, palanca del mundo, se había puesto en fuga y ahora había que ocurrir a procedimientos de alta técnica, minuciosos y dilatados para poder encontrar un menudo polvo del valioso metal, confundido imperceptiblemente con las arenas o con los aluviones de los ríos.

La resina de los purgüos, sangre blanca y valiosa de esos árboles prodigiosos, disminuía cada vez más en cantidad, porque la inmensa floresta de esa planta caía constantemente bajo el golpe del hacha.

Ruda era ya la faena para obtener la plancha resinosa, porque los trasportes eran cada día más largos y penosos; las bestias conductoras apestadas por las tremendas sequías o cayendo descoyuntadas de hambre y de cansancio en las anfractuosas vías. Los trabajadores, buscando yá cansados la vuelta de sus hogares, o rodando macilentos o enfermos al pié de un añoso tronco, sobre la humedad inclemente, donde no esperaban yá otro auxilio que el misericordioso beso de la muerte.

Tal, el cuadro de la pregonada riqueza actual, de la llamada *patria del porvenir* por los tribunos efectistas, por los poetas epopéyicos y por los abanderados de la prensa venal.

El problema de salvación, de regeneración económica, sería acaso de una solución imposible?

¿Dónde encontrarla?

Trayendo brazos laboriosos, haciendo venir hombres, millares de hombres, familias enteras que entren a poblar nuestras vastas extensiones desiertas y a cultivar esos largos eriales que cubren el territorio de la patria.

Recibir del obrero exótico, aprenderlo de su educación y costumbre, la honrosa virtud de la constancia en el trabajo y la noción salvadora del ahorro; pues nuestras clases trabajadoras además de su indolencia hereditaria, son notoria-

mente imprevisivas, y no saben guardar para el mañana, cuando las enfermedades o la vejez los ponga fuera de combate.

Traer en fin, razas fuertes y emprendedoras, abrir de par en par las puertas de la Nación al mundo civilizado que yá no cabe en otros lares, para que derramándose por todo este anchuroso desierto enclavado entre el Orinoco y la sierra Paracaima, nos infiltren hábitos de aptitud y de vigor; para que mañana en un porvenir no lejano, el incontestable beneficio del cruzamiento de las razas, produzca y haga surgir entre nosotros una patria nueva, próspera y poderosa.

Abrir al tráfico mundial las grandes arterias fluviales del territorio nacional para que vengan nuevas industrias, empresas útiles y benéficas, generadoras de trabajo; para que acudan en fin los capitales circulantes, que son los verdaderos capitales, a proporcionarnos de cuanto de menos tenemos y de cuanto de útil nos hace falta.

Necesitamos por último, generaciones nuevas alimentadas con nueva sávia; sávia de laboriosidad y de cultura, que modificando profundamente nuestras costumbres, entre ellas la de una barbarie primitiva como es la guerra, se nos imponga un camino nuevo, una senda más clara y más abierta que nos eleve a la categoría de pueblos civilizados.

Entonces la política dejará de ser un oficio; de la fé publica se dejará de hacer un tráfico; y los caciques de provincia, nuevos gigantes engullidores de enanos, desaparecerán bajo la costra de su propia mediocridad.

Las clases directoras, doblegadas hoy, insinceras y sin carácter, postradas en una genuflexión abochornante de largos años; entónces, ante la presencia de otros pueblos y de otra raza, de brazos vigorosos para la protesta y de cerebros fuertes para mantener un criterio honrado, esas clases de corbata y de frac, se avergonzarán y se emularán; y acabando por regenerarse podrán servir con mejor eficacia a las cohibidas clases populares cuya representación se han avocado.

XXX

De manera, interrogó Estrada a su interlocutor, que cree usted encontrarla allí? ¿Ha obtenido usted informes seguros?

—Sí, completamente fidedignos. Me encontré anoche con un antiguo camarada, quien yá un tanto viejo y olvidadizo no dejó de reconocerme, y me ha suministrado detalles interesantes.

—¿Y se atrevería usted a ir a su casa? A presentársele......

—Oh! sí; será un esfuerzo inaudito, un último esfuerzo de mi parte; pero será también mi última despedida.

La conversación fué interrumpida en este punto por la aparición del dueño del hotel, quien desde la puerta y de una manera insinuante, anun-

ciaba al abogado que afuera lo solicitaban con una carta traída del vecino pueblo de Caratal.

El abogado bajó hasta el patio, y leyendo rápidamente la carta, miró de frente al portador y le dijo: —Bien, no hay necesidad de contestar; dígale que iré esta tarde mismo.

Desde el día anterior muy temprano nuestros viajeros habían hecho entrada al pueblo minero que bordea el río Yuruary, después de su salida dos horas antes de Guasipati; y habían ido a tomar alojamiento en una vistosa fonda o pequeño hotel situado a la entrada de la calle principal.

El abogado, llevado a allí, al antiguo centro industrial, para atender a la liquidación de una decaída compañía minera, cuyo único representante en la región se hallaba residenciado en Caratal.

El viajero de ultramar, presente ahora en ese mismo centro minero, para realizar su propósito, aún no sabía cómo de encontrarse otra vez con su mujer.

Al pisar por segunda vez las arenas del río para entrar al histórico poblado, sintió una nostalgia infinita, La nostalgia de un pasado brumoso pero hiriente que renacía al presente en su memoria.

Las arenas argentadas de la corriente, las piedras negras y lavadas, salientes en medio del

sinuoso río; las numerosas lavanderas, tostadas, ennegrecidas y a medio vestir, con sus espaldas al sol, con sus piés dentro del agua, inclinadas y con sus pechos flácidos, batiendo ropas curtidas sobre las lustrosas lajas; los grupos de mujeres del pueblo bañándose y retozando entre las batidas aguas; todo, todo como ántes, casi inmutable sobre aquella agreste naturaleza le recordaba escenas muy lejanas y se le reproducían en su caldeada imaginación cuadros de ventura y de dolor.

En las callejas estrechas que después del paso real del río abren entrada a las otras vías más anchas, el apiñamiento de pequeños ventorrillos y de ventas ambulantes de frutas y golosinas, de guarapo y ginger-beer, que ahora como ántes, las madamas continuaban gritando de voz en cuello.

En las esquinas y en los bancos de las tabernas, los pequeños grupos de negros antillanos, desocupados y lenguaces, atisbando al transeunte y gangeando bastante mal aún el idioma nacional.

Arriba, sobre la altura de una pequeña colina, el antiguo edificio de madera gris, la alta galería de las máquinas, simulando ahora con su aspecto destartalado y medroso, un gran valetudinario inclinado y triste bajo el peso de incontables dolencias.

No yá la galería suntuosa y alegre bajo el baño blanco de la electricidad hecha luz, que en otros tiempos cobijara a todo un vasto y complicado mecanismo en inacabable movimiento; sinó el caserón taciturno, desteñido y desvencijado que ocultando máquinas inmóviles y empolvadas, contemplara una tarde de invierno Félix Estrada con mirada piadosa.

Y el alma del antiguo desaparecido, a su paso por las angostas vías, parecía entumecerse, atristarse, sentir el hondo vacío que experimenta el peregrino cuando de vuelta a sus lares y después de un largo correr de años, compara las cosas que dejó con las que luego ha modelado el tiempo.

Después del almuerzo y a la hora de la siesta, los nuevos huéspedes del hotel reanudaban de este modo su interrumpida conversación:

—¿Decía usted?

—Que todo lo tengo ya resuelto: mañana a más tardar me prometo llegar a su presencia.

—¿Y el marido? Piense usted en que puede tomar un carácter sério la aventura..... Sería una situación un tanto difícil.

—Nó; sólo quiero hacerme ver. Si posible fuere, ni hablaré siquiera. No pretendo ejercer ningún derecho, ni que por ello se suscite una polémica.

—¿ Entónces qué ? ¿ Proyecta usted algún fin siniestro, el de ella, el suyo propio ?

Já, já! No se preocupe usted repuso el interlocutor lanzando una espontánea carcajada; y cambiando repentinamente la alegría de su rostro, agregó alzando la voz:

—Lo que deseo es el efecto, el raro efecto de mi presencia ante esa feliz pareja. Imagínese usted; caer de repente frente a ellos yo el desaparecido, yo el que se hundiera de cabeza en un barranco incendiado; yo el muerto! Caeré allí, sí, como un espectro, como un fantasma vengador......Ah! pero de qué me vengo si yó sólo fuí culpable. Mas..... no puedo, prosiguió bajando el tono de la voz. Créamelo amigo mío; no puedo irme sin verla. Perderme otra vez por el mundo sin darle la última mirada! Oh! nó; no puedo...... Iré hasta allá.

Y llevándose ambas manos a la frente, cuya tez había tomado un tinte bastante pálido, apoyóla por breves momentos como conteniendo un borbotón de pensamientos.

—Calma amigo mío; comprendo lo raro de sus penas,.... pero, tenga calma.

El aparecido avanzó de repente, y saliendo a la puerta gritó: Jacinto! Jacinto! Lo que le dije esta mañana; aliste, aliste, que ya es hora de marcha.

—Todo está listo respondió el asistente.

—Entonces, agregó el viajero dirijiéndose al abogado y tendiéndole la mano.

—Por fin, resuelve usted marcharse?

– Sí: como lo vé usted.

—Y ahora hasta cuando?

—Hasta.... mañana; contestó el viajero, y ambos se estrecharon efusivamente las manos.

A poco se oyó el casqueo de las bestias afuera en el portón de salida.

El doctor se asomó en seguidas a la ventana de su cuarto y desde allí quedóse contemplando la apresurada marcha del viajero, hasta que yá léjos, se ocultó en la última vuelta de la calle.
No hay duda, pensó, al quitarse del postigo: la vida de este hombre es toda una aventura.

XXXI

Al atardecer, yá entrando el crepúsculo, dos hombres a caballo marchaban por un camino angosto que un poco al sur del poblado minero, conducía a una pequeña hacienda o posesión agrícola.

En llegando ambos a corta distancia de la gran cerca alambrada que rodeaba a la finca, apeáronse de sus cabalgaduras. Uno de ellos entregó al otro su bestia de la brida, y éste internóse con ámbas por una vereda estrecha que curveaba por entre la maleza.

Uno de ellos, vestido de azul oscuro, polainas y sombrero blanco aludo, marchó en seguida a pasos largos y lentos hácia la puerta del cercado. Entró, y los perros que dormitaban junto a los árboles del patio, empezaron a ladrar rabiosos, amenazando de cerca al desconocido.

El visitante se contuvo un poco, procuró no turbarse y como no amenazase a los disgustados guardianes, pudo continuar impávido hacia adelante, mientras aquellos se retiraban gruñendo.

Llegó hasta el alero de la casa y paróse frente a frente de un grupo de personas que conversaban en el ancho corredor.

Su rostro estaba casi lívido, de una palidez trágica. Su mirada altiva, penetrante, agrandada en aquellos momentos por lo arqueado de sus cejas y por la dilatación de sus pupilas.

—Aquí estoy; dijo con voz profunda.

—El jefe de la casa y su señora se pararon de sus asientos y retirándose hácia atrás un poco, miraron de arriba a abajo y con extrañeza al inesperado visitante.

—¿ Quién ? interrogó fuertemente el jefe de la finca.

—Yo..... yo, Luis Peraza. Yo, su marido, repuso con voz ronca y pausada el aparecido, señalando con su diestra a la mujer que le quedaba en frente.

—Ah! ah!, exclamó ésta en un grito de terror. ¿ Eres Luis ? Tú, ¿ Luis ? volvió a interrogar, y cayó desmayada como en un vahío enervante sobre el sofá que le quedaba al lado.

Dos jovencitas ya casi mujeres y un mozo alto y corpulento, como de diez y ocho años, que formaban parte de la tertulia, corrieron hácia la desmayada y lo mismo hizo el jefe de la familia.

—Socorro! hijos míos, profirió Lucinda en voz quejumbrosa y leve, volviendo un poco del síncope.

—Entónces, monsieur Rijon, el antiguo amante, encarándose con el aparecido, le gritó virilmente:

—Salga usted.... o sabrá lo que le pasa. Y amenazólo llevándose la mano al cinto.

El aparecido permaneció impasible, erecto, fijo como una estatua, indescifrable como un espectro.

—Que salga usted repitióle amenazante el corso.

El visitante dió un paso atrás, y en voz quejosa y bronca repuso:

—Sí: salgo, debo salir de aquí, bien lo comprendo. Ya ella no es mi mujer ni este es mi hogar.

—¡Es un loco! papá. Es un loco, exclamaron a un tiempo el mozo y las jovencitas, mientras Lucinda dando muestras de alarma y mirando intensamente al aparecido hizo un esfuerzo como para ponerse en pié, y cayendo al suelo de rodillas, exclamó:

—Perdón! Luis; perdón!

Los ojos del corso cayeron sobre ella con verdadero asombro.

—¿Perdón? ¿Perdón para tí? Interrogó solemnemente el aparecido, marchando hacia atrás con los brazos tendidos, como si esperase un último abrazo.

Ah! sí, perdón, repitió bajando la cabeza como vencido por un recuerdo aguijoneante. El dinero de ese hombre, agregó, se vengó de mi culpa. No me pidas perdón!

Dió media vuelta y tomó a pasos largos y rápidos la reja por donde había entrado, desapareciendo como una silueta misteriosa.

El aparecido llegó hasta donde había dejado al asistente, y hablóle brevemente como ordenándole algo, a lo cual éste se inclinaba en señal de asentimiento.

—¿Y, usted se queda?

—Sí; contestó secamente el ordenante.

El asistente rabiató entonces a la suya la mula sin ginete, montó en seguidas, y tendiéndole la mano a su patrono, dióle un afectuoso adiós.

Peraza avanzó algunos pasos hasta la orilla de un barranco abandonado, cuya negra boca parecía atraer al abismo.

El asistente regresaba cabizbajo por la misma senda de horas antes, para tomar luego la carretera que conducía hasta San Félix.

La noche había tendido ya su oscuro velo. Los últimos silvos tristes y prolongados de las chicharras se perdían en la selva como un lamento. Los cocuyos lanzaban yá sus flechas de oro por entre la maraña del bosque. Los grillos empezaban a entonar bajo la paja húmeda, su aguda sinfonía.

Días después, el asistente esperaba en el Puerto, nuevas instrucciones del amo.

Allí en el Puerto, había vendido una de las bestias, y la otra entrególa a su dueño que la había dado en alquiler.

Aguardó al señor Peraza durante más de seis semanas. Preguntó por él; investigó de varios modos su paradero, pero nadie le dió noticias.

Del aparecido no se supo jamás.

XXXII

CUATRO años más tarde, un explorador americano se internaba por la región minera. Era un ingeniero miembro de una Sociedad de Arqueología y Paleontología de los Estados Unidos, que después de haber visitado toda la región del río Paragua y el extinguido sitio de San Serafín, en busca de un tesoro fabuloso, cambiaba su expedición en solicitud de algo más positivo. Ese tesoro, consistente según se decía en oro en bruto y onzas españolas, no aparecía.

Buen cuidado habían tenido los misioneros capuchinos, sus primitivos dueños, de enterrarlo en donde nadie lo sospechara; y hacía yá más de un siglo que aquel tesoro reposaba para muchos, bajo el mutismo de unas antiguas ruinas.

Por lo demás, ¿no podían haber cargado los frailes con ese dinero entónces, y haberlo per-

dido en su viaje de salida hasta el Orinoco, arrebatado por las tropas patriotas, cuando fueron arrojados por éstas?

Pero la leyenda, la tradición de ese gran tesoro, cubierto bajo tierra, perduraba; y muchas habían sido las tentativas para extraerlo de su escondite.

La última, organizada de un modo científico, con ayuda de planos e instrumentos, había sido la del explorador americano.

Un día éste, andando en excursión por un vecino bosque de El Callao, detúvose a descansar al lado de uno de tantos barrancos u hoyos rectos y profundos que hacían los buscadores de oro de aluvión, y que iban quedando abandonados en cualquier punto de la selva.

El explorador miró hácia abajo, y como distinguiese ciertos fragmentos blanquecinos en el fondo semi-oscuro clareado por un sol de mediodía, hizo bajar a un ayudante por medio de una escala de cuerdas para satisfacer su curiosidad Este subió a poco llevando un haz de huesos largos, cariados, gran parte del armazón de un esqueleto humano, junto con el globo lizo y amarillento de una medrosa calavera.

El sabio, tomándola en sus manos, observóla detenidamente; examinóla por uno y otro lado; contempló acaso a través de las enormes cuen-

cas vacías, el inmenso abismo que dejára la muerte en aquel impenetrable cráneo humano; y sacando luego su cartera, hizo pausadamente algunas apuntaciones. Al terminar éstas, el ayudante le mostró a su vez un anillo bastante enmohecido que había encontrado entre la blanca osamenta, y sobre el cual se podían distinguir en relieve las iniciales L. P. que el tiempo en su acción corrosiva no había acabado de destruir aún.

En Ciudad-Bolívar:—1908.

FIN